

CORRESPONDENCIA

MÉJICO

Trescientos bautismos en la Alta Tarahumera

El R. P. Tomás Rodríguez, misionero josefino, con fecha 8 de Septiembre de 1896 escribe desde Cuzárare al R. D. José María Vilaseca, Pbro.:

EN esta semana pasada he tenido tiempo para escribirle y ampliar los anales de los presentes y pasados trabajos de la Misión de Chihuahua; pero el no tener ni un revés de carta limpia, me ha impedido hacerlo antes, ¡tan escasos estamos de todo! Pídale á San José que mueva á sus devotos para que nos socorran, y podamos dedicarnos con más fruto á la civilización de estos pobres indios.

Di una semana de vacaciones á mis coadjutores que me ayudan en el trabajo de los telares; los envié á Sisoguichic para el arreglo de ciertos negocios; entre tanto yo pasé estos días en un santo recogimiento entre las añosas y vetustísimas paredes de esta muy arruinada Casa Misión, colocada en el único pedacito de tierra, rodeado de promontorios, de casas que un día formaron el pueblo y que hoy está reducido á la más espantosa soledad. Santos ejercicios que me facilitaron vivir como enacoreta; pero todo entregado en el modo de salvar á tanta multitud de pobrecitos indios que nada tienen de civilización. *Sit nomen Domini benedictum.* ¡Tal es el aspecto de esta Casa Misión, que más parece mansión de muertos que habitación de vivos!

Para que los josefinos conozcan un poco la administración de este centro de Misión, les referiré el siguiente caso para que se animen á ayudarnos con sus oraciones y recursos, y nos faciliten trabajar mejor en la salvación de las almas.

El día 26 del pasado un propio de Cuiteco fué enviado

Año V.—N.º 99

por nuestra Hermana Josefina sor Jesús Pérez, para que auxiliara á una enferma; al momento salí con el coadjutor R. Ildefonso Rivas: dos días hicimos de camino para conducir á aquella alma al cielo; pero de regreso nos cogió la noche y con ella una gruesa lluvia, estando el cielo del todo encapotado. Considérenos V. en aquella sierra tan llena de precipicios, y que no hubo más que soltar las bridas, porque en semejantes ocasiones más ven las bestias que el ginete. Como á las siete de la noche entramos en un estrecho, como de dos metros, para hacer el descenso de un cerro, donde casi se baja rodando; perdimos, y para no rodar hasta el

abismo, determinamos pasar allí la noche: hicimos lumbre luego que cesó tan fuerte aguacero, calentamos cuatro tortillas de maíz y una de huevo que era todo el bastimento, y esto fué nuestra comida y cena. ¡Oh, cuán bueno es nuestro gran Padre señor San José, á quien invocamos de corazón! Muy pronto se compadeció de nosotros, pues se quitó el nublado, salió la luna, vimos con sorpresa el lugar donde estábamos, y con mil penas pudimos salir de tanto peligro y hallar el camino. Descendimos por fin y encontramos lo que fué una vivienda, pero que no tenía más que un portalito de palos que me recordaba el de Belén. ¡Ah, Padre mío! todo esto en la época de los misioneros estaba bien arreglado; pero el tiempo ha concluido con todos los

restos de la civilización, y no pudimos descansar de otro modo que echados sobre la dura tierra, porque ya no podíamos aguantar de puro cansancio.

¡Cuán bueno es San José! ¡Cómo se compadece de sus hijos! y ¡cómo se acuerda de sus trabajos en sus viajes, conduciendo á Jesús y á María! Dormimos tan bien que en seguida nos quedamos como muertos, hasta que el crepúsculo del sol nos despertó del primer sueño, para ponernos luego en marcha, y á las ocho de la noche llegamos á Cuzárare, después de andar más de treinta leguas por lo menos. Otras mil peripecias nos



COCHINCHINA.—Médico anamita. (Pág. 71)

1 Febrero 1897

han ocurrido de calibre semejante, empero, digo sólo tantito, para que los verdaderos amantes de esta Misión nos ayuden.

Con relación á la administración, para su consuelo le digo, que desde Mayo á esta fecha, sin contar los bautismos administrados por el P. Delgado, hice más de trescientos bautismos; unos de sesenta años, otros de más de cincuenta, muchos de treinta, veinticinco y veinte años, y el resto de doce, nueve, ocho, cinco y dos años: ¡así con santo anhelo pudimos trabajar entre los tarahumaras! ¡Así de un modo práctico manifiestan cuánto nos aman!

Si Dios Nuestro Señor me concede poseer bien el idioma, podré introducirme más por el interior de la sierra y coger los gentiles más verdaderos: hoy por hoy sé lo principal para bautizar, casar, enseñar la doctrina cristiana y otras cosas de primera necesidad, pero no basta; si hubiere un castellano que me hiciera ejercicio, cumpliríanse mis deseos; pero no lo hay.

Lo que es entradas, derechos de estola que podría llamarse, aquí no hay ni un centavo; lo más que dan al año son tres almudes de maíz, y con esto tienen derecho á todos los servicios del cura; por esta razón el Gobierno español tenía señalado para cada misionero cuarenta pesos mensuales; pero hoy no tenemos este auxilio, que nos hace mucha falta.

Para que amen la Misión, cada ocho días les hago una enorme olla de atole con un par de piloncillos, y á todos mis indios visitantes doy su buena jícara, y contentísimos se van después de darme un abrazo. Verdaderamente son muy buenos mis indios en medio de su salvajismo. Cuando los visito en sus casas, los pobrecitos me dan todo lo que tienen, pues sacan una jícara con agua, le echan pinole sin dulce, lo baten con sus manos, y quedan muy ufanos cuando les digo: «Muy bueno está, compadre; Dios te lo pagará.» Para coger las turbas sólo en el día domingo lo logramos, porque lo que es entre semana todos viven lejos, allá entre las encrucijadas de los cerros, y donde uno ni pensar puede que allí existe un viviente humano, siendo sus casas en su mayor parte cuevas situadas en puntos inaccesibles de los elevadísimos peñascos, ó bien en partes donde uno está sobre la casa y todavía no es fácil advertirlo.

Con relación á las artes, los tejidos han caminado perfectamente, no se puede pedir más: ya aprendieron á tejer, teñir, urdir, cargar y mover los telares, de suerte que algunas cosas que les faltan, la práctica que van adquiriendo se las enseñará. Desde el día 9 de Mayo en que se urdió la primera tela, hasta esta fecha, se han fabricado 1,342 metros de cambaya y rayado, ó sean cuarenta y una piezas de treinta metros. No cuento en esta suma doce piezas y media que están hoy en los telares, y saldrán en esta semana y días de la entrante. Pero ¿y la manta? Yo espero que pronto podremos trabajarla, porque es el artículo de primera necesidad, ya que todos los indios me la piden. Siento en el alma no poder disponer de dinero, y poner esto á la altura que se necesita para cubrir tanta desnudez. ¡Ojalá que algunas personas se animen á ayudar! Entre mis indios cuando están ebrios hay muy feas inclinaciones, que nos alejan de la paz sólida y verdadera

que anhelamos: es cuestión de muy delicado tacto y prudencia para llegar á la consecución del fin á que hemos sido enviados á estos yermos. Acepte, entre tanto, los filiales recuerdos de este pobre misionero josefino.

BOLIVIA

Viaje de los primeros misioneros Salesianos destinados á Bolivia

Sobre este interesante viaje escribe el Ilmo. Costamagna, salesiano, al Rmo. D. Rúa:

FINALMENTE hemos llegado sanos y salvos á esta república, para la fundación de las primeras Casas salesianas.

La terrible desgracia que acaeció á nuestra Pía Sociedad con la muerte del inolvidable Mons. Lasagna (de santa memoria), y de gran parte de sus compañeros de viaje, nos entretuvo sobre las playas del Plata hasta el 13 de Enero, día en que los catorce Misioneros destinados á La Paz y á Sucre, se reunieron á los pies de nuestra amada Madre María Santísima Auxiliadora en su santuario de Almagro (Buenos Aires), donde ya se habían reunido en 1886 y después el 31 de Enero de 1888, los primeros Salesianos que partieron para Chile.

La Santísima Virgen nos ha bendecido, obteniéndonos del Sagrado Corazón de Jesús ánimo decidido para superar cualquiera dificultad.

De Buenos Aires á Santiago de Chile y á Valparaiso.—Sobre la cima de los Andes.—Antofagasta

Llegamos á Mendoza dos días después de nuestra partida y nos detuvimos una semana, para dictar yo los ejercicios espirituales de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, y para administrar la confirmación y dar la primera conferencia á los cooperadores salesianos.

Habiendo salido de Mendoza emprendimos la travesía de los Andes, primero en tren, después en carro y por último en mulas, pasando á la altura absoluta de casi 5,000 metros.

Atravesada la cima volvimos á los carros y después al tren que desciende rápidamente, llegando en dos días á Santa Rosa de los Andes, donde nos esperaban los RR. PP. Tomatis, Scavini y Corratella con el clero de la ciudad y un inmenso tropel de pueblo que nos acompañó á la iglesia parroquial, donde di la bendición. A las diez y media del mismo día arribamos á Santiago de Chile, viniendo á recibirnos á la estación Mons. Fagnano, el R. P. Migone y todos los Hermanos de las tres Casas salesianas de aquella capital.

En Santiago nos paramos diez días, pues hubo que hacer varias cosas, entre las cuales dictar los ejercicios espirituales á las tres Casas de María Auxiliadora, dar el hábito clerical á varios novicios de Maicul y administrar la santa Confirmación.

El 1 de Febrero, habiendo dejado en nuestra Casa de Valparaiso el personal destinado para la fundación de la Casa de Sucre, me embarqué en el vapor *Lautaro* que se dirigía hacia Antofagasta, llevando conmigo el personal para la nueva Casa de La Paz.

Tratados con toda cortesía por el capitán del *Lautaro*

ro, nuestro viaje pudo llamarse más bien un paseo; costeamos siempre tierra chilena, y pudimos de cuando en cuando recrearnos admirando las horribas bellezas de aquellas playas, donde por mucho que se observe no se encuentra jamás, no diré un árbol, pero ni siquiera un hilo de hierba ó una florecilla.

☞ Tocamos en Coquimbo, Carrizal, Calderas, Chañaral de las Animas y Taltal, pueblos que parecen haber sido incendiados: nuestro vapor es como un mercado ambulante, pues en cada puerto depone una porción de las mercancías con que va cargado, y después haciendo un saludo continúa su interrumpida marcha: varios buques hacen aquí su cargamento con los tesoros del país, consistentes en oro, plata, bronce, cobre, plomo, antimonio, etc., que las minas de estos arrasados montes ofrecen á los insaciables exploradores.

A mis amados hermanos, que por vez primera en su vida hacían este viaje, todo les causaba impresión, pasando de maravilla en maravilla. Como el Señor quiso, desembarcamos felizmente en Antofagasta después de cuatro días de mar; y digo felizmente, pues no pocas han sido las víctimas que se ha tragado ya aquel puerto siempre borrascoso. El Ilmo. Sr. vicario apostólico Echeverría nos recibió como hermanos, y el excelentísimo Sr. presidente de la república de Bolivia D. M. Baptista, en su eximia bondad dió orden al cónsul de que nos tratase como á verdaderos amigos, y así fué. Aquí visitamos el hospital público donde las Hermanas de la Caridad, Hijas de Santa Ana, hacen un bien inmenso, y llegada la hora montamos en el tren, que en tres días debía conducirnos desde Antofagasta á Oruro: nosotros empleamos cuatro, porque habiendo salido en viernes, el tercer día que era domingo, el tren, como de costumbre, no se movió ni siquiera para transportar mercancías; ¡y pensar que el director de la Compañía es protestante! ¡Qué vergüenza para tantos católicos!

En el desierto de Atácama.—Una parada á Calama.—Los indios de Uyuni.—A Challapata

En la primera jornada caminamos siempre por montes, dentro del famoso desierto de Atácama, en donde tantos españoles conducidos por Almagro á Chile encontraron la muerte en tiempos de la conquista, y donde, pocos años hace, perecieron también tantos bolivianos, bajados de Potosí para hacer frente á los chilenos triunfantes. ¡Pero qué horrible é interminable desierto!

Se camina ascendiendo siempre y no se concluye nunca; estamos ya á la altura de 2,000 metros, y si bien hace doce horas que el tren devora con gran furia la vía, el desierto continúa siempre con todo su horror. Finalmente, á la seis de la tarde se ve despuntar una mancha verde que parece un oasis; es Calama, pequeño pueblo de mala muerte, célebre por uno de los más encarnizados combates entre bolivianos y chilenos. Bajamos del tren y fuimos á la iglesia, donde después de una breve plática distribuí á todos un escapulario de la Santísima Virgen. A la mañana siguiente muy temprano celebramos la Santa Misa y salimos de Calama, continuando nuestro viaje de ascensión por el siempre árido y melancólico desierto de Atácama: hemos llegado ya á la altura de 3,233 metros y aún subimos; caminamos por las faldas del volcán San Pedro, que, cu-

bierto de nieves perpetuas, humea continuamente. Finalmente encontramos un puente de hierro: ¡tiene cien metros de alto y ciento cincuenta de largo: ¡creíamos encontrar agua dulce en abundancia, pero quedamos pronto desengañados, pues la poca que hay serpea en un profundo precipicio, pareciendo que quiera esconderse á nuestra vista, y por añadidura es salada. Terminado el puente termina el desierto de Atácama y se encuentra Ascotar, pueblo situado á la altura absoluta de 3,956 metros: desde aquí se empieza á descender por una suave pendiente. A nuestra derecha tenemos otro volcán llamado Ollague, mucho más terrible que el San Pedro, y que no cesa de sacudir su negruzco penacho, infundiendo terror á los pasajeros: la locomotora para apenas algunos minutos, para tomar agua, en Chiguana y Julari, las primeras estaciones que encontramos en tierra boliviana. Pasado el Atácama, el suelo continúa siempre árido: saludamos de paso las inmensas mesetas cubiertas de borax, propiedad de un cierto Sr. Rascali, italiano; y las interminables salinas, cubiertas ahora de agua llovediza, á causa de las lluvias torrenciales que, especialmente en Febrero, atormentan á los pobres caminantes de Bolivia.

Finalmente á las diez de la noche, cansados, sin fuerzas, ateridos de frío y algunos de nosotros con la fiebre encima, llegamos al frigidísimo Uyuni, pueblecito de indios, situado á la altura absoluta de 3,660 metros, donde en invierno baja el termómetro á 23 grados bajo cero, y está puesto ¡nada menos que en la zona tórrida! Aquella noche no pudimos conciliar el sueño, tanto por el cansancio como por la rarefacción del aire; y á la mañana siguiente, bien que domingo, sólo yo pude celebrar, porque no teníamos más que una hostia. Dirigí también mi palabra á aquellos pobres indios, y después salimos á tomar un poco de aire libre. Entonces empezó de nuevo la admiración de nuestros queridos hermanos, pues les parecía encontrarse en otro mundo: aquí las mujeres llevan sombrero como los hombres, quitándose al entrar en la iglesia ó al acercarse al *tata* (sacerdote), á quien con gran respeto y reverencia besan la mano, y á veces se arrodillan en su presencia: las madres llevan atados á la espalda en una especie de zurrón uno ó dos niños, los cuales, cubiertos con su respectivo sombrero, duermen, comen ó juegan con las largas trenzas de la madre, mientras que ésta se ocupa en sus diarias faenas como si tal cosa. Por acá se ve un grupo de indios abigarradamente vestidos, llevando también sus largas trenzas colgando; por allá un numeroso rebaño de *llamas*, guiadas por sus pastores, quienes pasan el día y la noche en su compañía, llevando vida nómada, y que con la carne y producto de las mismas se mantienen y pasan la vida cómoda y tranquila... en una palabra, cosas todas que hacían muy honda impresión en la imaginación de nuestros amados hermanos, y que en parte les hacían olvidar la inclemencia del clima.

Las Autoridades locales vinieron á visitarnos ofreciéndonos sus servicios, por lo que les dimos las más expresivas y cordiales gracias, y el lunes siguiente á las seis de la mañana partimos para Oruro.

La primera estación que encontramos fué Sevaruyo; el trayecto se había hecho en una meseta casi desierta,

cubierta á trechos de musgo y de grama, de la que se sirven los indios para cubrir el techo de sus chozas; es tan dura que sólo las *llamas* pueden masticarla.

Pasado Sevaruyo la meseta cambia de aspecto, y de cuando en cuando se presenta una pobre choza con su respectivo rebaño de *llamas* que pacen á corta distancia, guardadas por una pastorcilla india que está continuamente hilando, pero sin huso: más tarde el tren pasa por medio de sembrados de cebada, patatas, habas, etc., y alguna que otra vez faldea la montaña que guarda en su seno ricas minas de plata, bronce, antimonio y cobre: á un lado se ven numerosos grupos de chozas dominadas por un pequeño campanario, y son los pueblos Huari y Challapata: á otro lado sorprenden agradablemente variados espejismos, que ofrecen panoramas encantadores de lagos, árboles y embarcaciones que en realidad no existen. Mas he aquí que llegamos á Challapata: la población, en su mayor parte de indios, se dirige en masa á la estación; el jefe de policía vestido de gala se presentó con un despacho telegráfico en la mano, por el que pude enterarme que el señor Presidente de la república había ordenado á todas las Autoridades de los pueblos situados á nuestro paso, que vinieran á obsequiarnos. ¡El Señor colme de toda suerte de bendiciones á nuestro generoso bienhechor y amigo, el Excmo. Sr. Baptista!

Entre tanto los indios asaltan nuestro carruaje, y lo primero que pretenden es la bendición del *tata*, y después un escapulario: les contentamos á todos, y en un decir amén dimos fin á nuestras provisiones: una hora después llegábamos á Poopó, donde con delicada cortesía se presentó el subprefecto de la ciudad con numeroso acompañamiento, para felicitarnos en nombre del Gobierno y de la patria.

A Oruro.—Espléndido recibimiento.—Al palacio de la Gobernación.—Una grata sorpresa de los indios músicos.—La Confirmación á mil niños.

Grande era nuestra maravilla por los cordiales recibimientos de que habíamos sido objeto hasta aquí, pero nuestro estupor llegó al colmo, cuando después de haber pasado por inmensas mesetas cubiertas de agua, costeano el lago de Poopó, llegamos finalmente á Oruro, capital de provincia, donde termina el ferrocarril. La locomotora no había parado aún, cuando estalló, junto con la banda militar de la ciudad, un hurra inmenso de toda la población de Oruro, que se había apiñado en la estación y calles contiguas.

Bajamos en seguida, y fuimos acogidos con muestras del más sincero afecto y cordial regocijo por el Sr. gobernador de la capital el abogado D. Samuel González y Portal; por dos representantes del Supremo Gobierno de Sucre, delegados para recibirnos; por todo el clero de Oruro; por las Autoridades escolásticas, militares y de seguridad pública, como también por el Sr. Nannetti, cónsul italiano en esta república. Después de los primeros cumplimientos nos pusimos en marcha: nos esperaban varios coches, mas fué imposible acercarnos á ellos, pues la ola del pueblo nos empujaba lejos; el señor Gobernador abrió entonces paso y quiso acompañarnos todo el trayecto, pero fué muy difícil, pues los muchachos, indios y no indios, como si hubiesen adi-

vinado que habían llegado sus amigos, se precipitaban sobre nosotros, dando vivas y besando la mano á los sacerdotes, y el anillo y cruz pectoral á este pobre Obispo. De vez en cuando una lluvia de flores caía sobre nosotros, cubriéndonos casi enteramente: en una palabra, la alegría, la satisfacción y el regocijo del generoso pueblo de Oruro había llegado al colmo. Finalmente llegamos, ya de noche, al palacio de la Gobernación, donde todo había sido preparado para recibir y dar hospitalidad á los hijos del gran D. Bosco. El pueblo fué despedido á la puerta por el señor Gobernador, mientras las Autoridades subieron con nosotros las escaleras del palacio, tomando parte en la espléndida cena que nos había preparado en su misma casa el señor Gobernador.

La mañana del día siguiente, mientras nosotros hablábamos de la altura de Oruro, que es de 3,700 metros sobre el nivel del mar, y de la consiguiente dificultad que sentíamos en la respiración, de repente una extraña música vino á herirnos los oídos: observamos por las ventanas del palacio, y vimos una escena curiosa en verdad: un grupo de indios músicos. Dos indias de edad madura, abigarradamente vestidas, con su gran sombrero y con una bandera blanca en la mano, que agitaban, marcando al mismo tiempo el paso, precedían bailando, á la extraña comitiva, compuesta de doce músicos que tocando una tosca flauta de caña, repetían siempre la misma nota de una melancólica y monótona melodía del tamborilero, quien golpeaba desesperadamente su tamboril, pareciendo que quisiese reventarlo: detrás de éstos venían el alcalde nuevo y el viejo, empuñando el nuevo la vara de autoridad, guarnecida de adornos plateados.

Sin pedir permiso alguno penetraron en el palacio y subieron las escaleras en busca del Obispo, pero no encontrándolo bajaron al patio, y disponiéndose en círculo continuaron la misma desentonada cantinela.

Entonces, sabiendo yo que ellos querían verme y saludarme, bajé al patio para manifestarles mi complacencia y agradecimiento por tan hermosa y sincera demostración de afecto, y mientras continuaban soplando en sus flautas con toda la fuerza de sus pulmones, impuse á cada uno un lindo escapulario del Sagrado Corazón de Jesús; dejé para los últimos á los alcaldes, y ellos creyéndose olvidados me dijeron:

—Nosotros querer también escapulario.

Y uno de ellos.

—Yo ser el alcalde viejo, y este otro el joven.

Les contenté en seguida, y me despedí de todos bendiciéndoles. Ellos continuando siempre su invariable pieza, volvieron á la plaza donde se encuentra el palacio, rondando toda la mañana por la ciudad, con su escapulario al cuello y más contentos que unas pascuas.

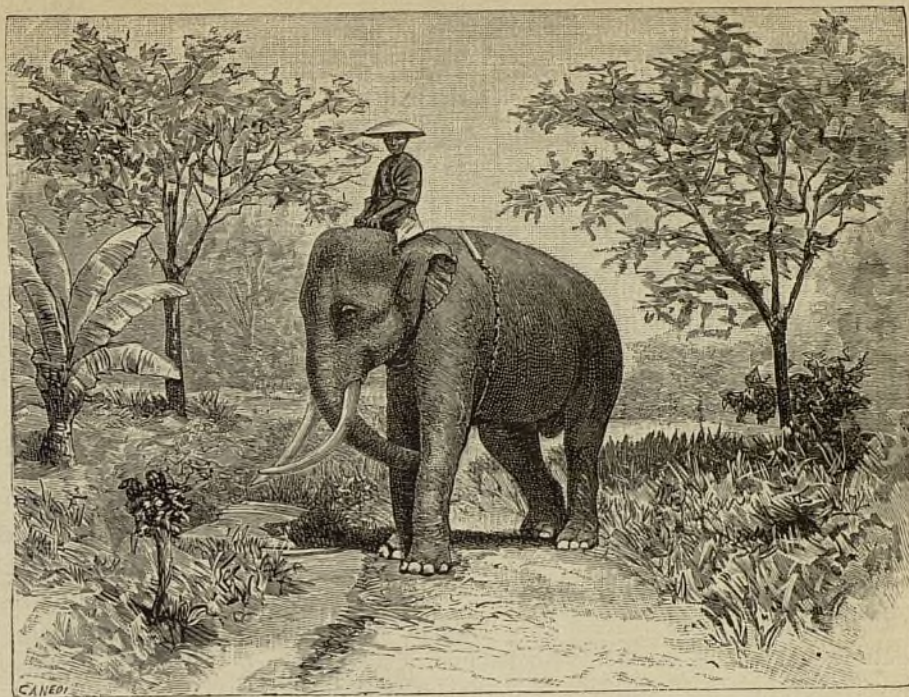
Antes de partir para La Paz, administré la Confirmación, ocurriendo en la iglesia algo de indescriptible, en lo que se ve la gran fe del pueblo de Oruro. Me presentaron de una vez más de mil niños, todos pequeños, pues los adultos los habíamos dejado para mi retorno. Todo lo había dispuesto bien el reverendo señor párroco, pero no había apenas empezado á confirmar, cuando la gente toma como por asalto la balaustrada, queriendo cada cual ser el primero; me retiré al

altar ordenando á los sacerdotes, á los Salesianos y á dos guardias municipales que no dejaran acercarse sino uno á la vez; mas todo en vano; en menos que lo cuento saltaron la balastrada, llenaron el presbiterio, y se agruparon en torno al altar mayor, indios, indias, soldados y niños, con una confusión y desorden que no tenía igual. Confirmé todavía por algún tiempo, pero me vi obligado á retirarme á la sacristía con el clero, encargando á los guardias que no permitieran la entrada sino cuatro á cuatro: pero ni aún con esto pudimos contenerles. En cuanto á nosotros quedamos tan cansados, que parecía que habíamos salido de un campo de batalla. ¡Pobres indios, su viva fe no les dejaba un momento tranquilo aguardando su turno para que sus hijos fuesen confirmados!

Llegó el día de nuestra partida para La Paz, pero habiendo sido ocupados nuestros puestos en el *ómnibus* por otros que fueron antes, tuvimos que permanecer tres días más en Oruro. Debe haber sido ésta la voluntad del Señor, dijo el bueno del señor párroco, dichoso de poder estar en nuestra compañía, y tenía razón,

porque si hubiésemos salido con aquel coche, nos hubiera tocado la triste suerte de pasar una pésima noche en una choza, sin pan y sin fuego, porque se rompió el eje del coche.

Cuando vino el momento de partir definitivamente, el óptimo señor gobernador de la capital, que nos había



COCHINCHINA.—Elefante del país. (Pág. 71)



COCHINCHINA.—Puente de piedra. (Pág. 71)

tratado siempre con paterna atención y delicada cortesía, nos procuró provisiones para el camino, y nos acompañó á la estación de la diligencia: después pidió la bendición, nos abrazó cordialmente saludándonos, y nosotros partimos.

DÁVAO (Filipinas)

Diario del viaje de exploración que hizo el P. Barrado desde el Pulangui hasta Davao, pasando la cordillera por la izquierda del volcán Apo.

Carta del R. P. Eusebio Barrado, de la Compañía de Jesús, al R. P. Miguel Rosés, rector del Ateneo Municipal de Manila.

COMO supongo que no se halla en Manila el reverendo Padre Superior de la Misión, envío á V. R. el Diario de mi expedición, desde Cottabato á Davao por la tierra adentro, á fin de que V. R. se lo muestre.

Viernes, 18. A las siete de la mañana salí de Cottabato en la lancha de vapor *Eila*, perteneciente al cuerpo de Ingenieros militares. A las doce llegamos al campamento de Tinumcup, en donde fondeamos. Embarcaron nueve individuos del batallón disciplinario, armados, al mando del primer teniente de infantería D. Francisco Castaños González. A la una salimos, pernoctando en Talítay, algo más arriba de las lagunas.

Día 19. A las seis de la mañana se emprendió la marcha, y como á las ocho se hizo parada en la rancharía del rajamuda Utic: como á las diez de la misma se fondeó otro rato en la rancharía del dato Namblí, y al poco tiempo continuamos la marcha, llegando á Piquit á las doce próximamente, donde se fondeó una hora y media, continuando después la marcha río arriba.

Día 20. A la seis de la mañana se siguió la marcha sin detenernos hasta la llegada á la confluencia del Cabacan, que tuvo lugar á la una de la tarde, desembarcando y pernoctando en la rancharía de la Beilaga, donde presenciarnos un baile de niñas moras.

Día 21. A las cuatro de la mañana se emprendió la marcha por entre cogonales y llanuras, á la izquierda del Cabacan, hasta salir á este río en su confluencia con el Maloval. Estos dos ríos cercan una posición un poco elevada en su margen, y forman lo que los moros llaman *ilian*, que es un punto que no ofrece sino una sola y difícil subida. El dato Namblí nos acompañó hasta este punto, y fué la llegada como á las diez de la mañana. Sigió la expedición adelante pasando dos ó tres agrupaciones de casas y sementeras hasta llegar á la casa del dato Madut, pariente de Namblí y á quien éste había encargado fuese nuestro práctico. Como á las doce del día se descansó bajo la sombra que proyectaba un árbol, con un calor asfixiante, y allí se reunieron algunos moros, pero no había cargadores ni conocían el camino, según decían. Mandaron recado al dato Namblí, para informarse si efectivamente debían prestarnos auxilio, y como la contestación fué afirmativa, se puso la expedición en marcha. Los cargadores eran una cuadrilla de chiquillos esclavos. Se atravesaron infinitud de desmontes preparados para sementeras, saltando por encima de troncos y ramas; se caminó después un rato por un bosque zurcido de maleza y enredaderas, y como á las cinco de la tarde salimos al Cabacan, donde pasamos la noche en un pequeño arenal.

Día 22. A las cinco y media de la mañana se emprendió la marcha por un laberinto de cañaverales, no altos, sino espinosos y bajos, sin senda marcada. Después de cuatro horas de marcha en aquel raro bosque de cañas, el práctico se perdió, y después de muchas vueltas y revueltas no sabía donde se hallaba. Con la brújula se le señaló la dirección, se encontro el río á los pocos momentos; pero perdiendo dos horas de marcha, y á la una y media de la tarde paramos para comer. Sobrevino el primer chubasco, que se prolongó toda la tarde y nos impidió continuar el viaje.

Día 23. A las cinco y treinta se emprendió la marcha sin salir del cauce del río, que pasamos y repasamos infinitud de veces, y por último se caminó dentro de él largos trayectos, con corriente impetuosa y mucho fondo de agua. Como á las nueve descubrimos por primera vez en los tres días el volcán Apo en la dirección Este. A las doce, muy fatigados de la marcha que se llevaba, paramos en un arenal para comer. Desde allí los moros mandaron delante, por su cuenta, un práctico para ver si daban con manobos, cuya vecindad debía ser muy próxima. Como terminado el almuerzo quisiéramos, sin perder tiempo, seguir la marcha, se negaron los moros, diciendo que no conocían mas allá el terreno, y que solamente hasta allí se habían comprometido. De fuerza ó por grado tuvimos que esperar un buen rato el regreso del emisario que ellos habían mandado, y como no pudieron cazar manobos, tuvieron ellos que seguir adelante, conociendo ya entonces los caminos. En este punto dejamos el río á nuestra izquierda y nos internamos en un espeso é interminable bosque; en él alguna vez se veía rastro como de alguna senda muy poco usada. A media tarde repasamos una casa de manobos, donde no había gente. Como á las cinco de la tarde hicimos noche en el torrente Maleput, que pasamos y repasamos muchas veces, dentro del bosque, sin hallar cabaña ni otra casa alguna que nos albergase.

Día 24. A las seis de la mañana marchamos por el mismo bosque, tan cerrado y sin senda como el día anterior. La brújula nos marcaba haber descrito una curva hacia el Sur, muy notable. Como á las nueve llegamos á unos desmontes y sementeras donde había dos ó tres casas de manobos, en las que se encontraron alguna gente. El sitio es llamado Alibai, y el dato de la región es Tumandó y otro dato Silió. Almorzamos en ella, se dió á los moros su paga, y como á las once emprendimos la marcha acompañados de cuatro manobos con el dato Silió. Muy pronto caímos al Cabacan, donde ya el río venía muy batido entre enormes piedras. Allí mismo lo atravesamos á su margen derecha para no volverlo más á rebasar. La corriente fué la más impetuosa, la dirección era Nordeste y al dejar en este punto el Cabacan el barómetro señalaba unos 400 metros de altura. Emprendimos una marcha ascendente aquella tarde, y atravesamos los torrentes Mabato, Paligo y Panguanga. Atravesamos grandes cañaverales muy altos, y se descubrieron muchas casas de manobos, donde pernoctamos: nos hallábamos á 602 metros de altura sobre el nivel del mar.

Día 25. A las seis emprendimos la marcha ascendiendo por el río Balaguan y atravesándolo muchas veces, el cual sube casi paralelo con el Cabacan. Llevábamos

cinco manobos como prácticos y cargadores. Como á las diez de la mañana descendidos por un precipicio inmensamente profundo, desde donde veíamos los ríos Cabacan á la derecha y el Balaguan á la izquierda, tan próximos que parecía que allí se unían; pero los dividía un muro de tierra de tres ó cuatro metros de espesor, por donde cruzaba la senda que llevábamos, y en este mismo sitio se escaparon los cinco manobos, tres por un lado y dos por otro, por venir rezagados los disciplinarios y no poder darles alcance. En tan difícil situación no hubo otro remedio que cargar solos con lo que los manobos habían abandonado, siguiendo la senda que teníamos delante. Los soldados dieron ejemplo de sufrimiento, pues iban sin almorzar; se les dió una galleta, y una copa de aguardiente, que era lo único que nos quedaba. Afortunadamente la senda nos llevó á unas casas de manobos como á dos horas de marcha, siendo las doce: procuramos asegurar los que en ellas hubiera, las rodeamos, y en efecto de ellas sacamos cuatro cargadores, prácticos á la vez. El dato de este sitio es llamado Jung, y son las últimas casas que se encuentran hasta después de haber caminado dos jornadas y estar más adelante de la mitad del curso del Taumo. Con los expresados cuatro manobos bien asegurados, para que no se escaparan, seguimos la marcha, atravesando difíciles sitios á causa de los troncos derribados por algún terremoto, hasta internarnos en el torrente llamado Bacat, donde nos cogió otro grande aguacero, y en el expresado torrente pernoctamos, rodeados á una hoguera, acurrucados toda la noche al rededor de ella.

Día 26. A las cinco y media emprendimos la marcha por inmensas subidas que no tenían fin nunca, y fué la primera la montaña Panaguan, cuya altura excedía de 1,600 metros; descendimos por dos ó tres torrentes y y volvimos á subir el monte Cabatangan, que es el que determina la vertiente de aguas, y su altura excede de 2,000 metros; descubrimos desde ella la cabeza del Apo á nuestro costado derecho, y según la vista muy próximo. En ella misma, es decir en esta montaña, nace el Cabacan, y en tres cuartos de una pendiente vertical estuvimos en las fuentes del Taumo, cuyas aguas son casi heladas. Dentro del Taumo bajamos por su cauce, saltando de piedra en piedra. A las dos horas lo dejamos á nuestra izquierda, subiendo y bajando torrentes que afluyen á él; en uno de ellos llamado Odoy hicimos alto como á las dos y media de la tarde, donde nos disponíamos para comer y pasar una buena noche; pero Dios no lo quiso, pues vino el más grande de todos los aguaceros que habíamos sufrido, el cual duró desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche; se apagaron los fuegos, se mojaron todas las prendas, y sentimos mucho el frío sin tener ropas ni fuego con que calentarnos. Estábamos acampados sobre una cascada de 70 metros de altura y á un metro de distancia de ella.

Día 27. A las siete de la mañana, con todo el equipaje empapado en agua, emprendimos la marcha subiendo y bajando diez ó doce torrentes de bastante caudal de aguas, cuyas subidas y bajadas suponían más de 400 metros. Las sanguijuelas estaban á docenas en nuestros pies, sin librarse de ellas ni el vientre.

Como á las tres y media de la tarde llegamos á la casa del dato guianga Jugai, donde habíamos ya des-

cendido á unos 550 metros. Se presentó en ella el cristiano guianga, capitán Antonio Duyan, y aquí tuvimos auxilio para reponernos del mal día y de la mala noche anterior. Yo ya no pude caminar más, por el mal estado de mis piernas. Los soldados se hallaban casi desnudos, y fué preciso facilitarles mis prendas de vestir y las del oficial que los mandaba, el cual les facilitó su uniforme.

Día 28. A las diez de la mañana salimos de la casa de Jugai para la de Antonio Duyan, como á hora y media de distancia. Yo iba arrastrado por una canga.

Día 29. A las cinco de la mañana seguimos por un largo bosque hasta la reducción cristiana de Taumo, á la que llegamos á las doce y media, y allí estaba el P. misionero de Dávao, Mateo Gisbert, y con él y en su bote pasamos á este punto, llegando á las ocho de la noche y siendo conducido en una silla desde el desembarcadero el que subscribe, que se hallaba por completo imposibilitado.

Todos estos trabajos los he tomado con gusto, por la esperanza que tengo de que mi viaje será útil para los futuros misioneros y valientes soldados, que han de fijarse de una manera permanente en estas comarcas á las faldas del gran gigante de Mindanao, que es el monte Apo. Ya está abierto el camino.

El mismo Padre misionero escribió posteriormente al reverendo Padre Superior de la Misión:

A mi llegada á Dávao, que fué el día 30 de Marzo, sabiendo que V. R. no estaría ya en Manila, escribí al Padre Rector del Ateneo y le mandé el Diario de la expedición, para que por su conducto llegara á V. R., y suponiendo que le conoce, me dispensará repetir en ésta lo allí consignado.

Todas las dificultades que podían unirse, para que no se realizarán mis planes de estar en un mes en Butuan, se han verificado: hasta sobrevino la que no podía preverse, como la pérdida de la hélice del *Brutus*, que nos obligó á estar ocho días en Joló: pero la mayor parte de todas las dificultades que han hecho que esta expedición se prolongara más de lo justo, han sido las lluvias, venidas este año antes de tiempo. El día 20 de Marzo partíamos de la desembocadura del río Cabacan, hasta donde fuimos en la lancha de vapor de Ingenieros; y el día 22, esto es, el segundo día, comenzaron las lluvias, que fueron tan abundantes, que pocas veces he visto llover con más fuerza: como éstas no habían sido previstas, carecía de una buena tienda de campaña, y aun el impermeable, que pudo haberme defendido algo de ellas, quedó olvidado en la ranchería del Cabacan. Figúrese ahora V. R. lo que por este concepto hubimos de padecer, sobre todo si se tiene en cuenta, que de los nueve días que duró la expedición por tierra, uno solo logramos dormir á cubierto; los restantes nuestra cubierta y abrigo fué el ancho cielo; y muchas de las noches las pasamos sin haber podido prepararnos una mala choza; porque el deseo de aprovechar el día para caminar hizo que escaseáramos el tiempo para procurarnos este auxilio. Como por las noches las nubes descargaban con más furia, hubo algunas de ellas que se nos apagaron los fuegos, no pudiendo cocer los ranchos,

pasándola por tanto tiritando de frío y poco menos que transidos de hambre. Una V. R. á esto el tener que caminar un día entero, dentro del cauce del río Cabacan, bastante caudaloso, rompiendo siempre su impetuosa corriente con el agua al pecho y cuando menos á la cintura, y después de este día pasando y repasando continuamente torrentes y ríos de aguas muy frías: y si esto fuera poco añada el haber tenido que remontarnos á una altura de 2,300 metros, al atravesar la gran cordillera que parte del volcán Apo, tal vez la más elevada, no sólo de Mindanao, sino de todo el Archipiélago, y junte también á esto las mil sanguijuelas que chupaban hambrientas la sangre de nuestras piernas, y por último y como remate de todo esto figúrese que cuando estábamos en lo más difícil de la jornada, como eran

Más que mis propios sufrimientos, me hizo sufrir verles á ellos rasgados sus vestidos, sangrados sus pies y tiritando de frío en las calenturas que les acometieron á algunos de ellos. En cuanto hace al Sr. teniente D. Francisco Castaños, no dudo en asegurar á V. R. que á no haber sido él hombre tan práctico en esta clase de expediciones, y á no haber tenido tan grande corazón como el que manifestó, hubieran sido mayores nuestros sufrimientos; pues llegó hasta el punto de cargarse él mismo con alguno de los objetos que llevábamos, y lo que más realza su mérito es haberse ofrecido de su voluntad para esta expedición. Yo considero que son dignos de recompensa, y á este fin excito á V. R. á que los recomiende al excelentísimo señor Capitán general, quien no dudo lo tomará en cuenta, cuando el servicio que han



COCHINCHINA.—Casa municipal de un pueblo anamita. (Pág. 71)

las gargantas y desfiladeros de esa gran cordillera que arranca del Apo, donde por consiguiente los caminos eran más desconocidos y difíciles, los guías y cargadores aetas que nos enseñaban el camino huyen en un momento, que no fué posible ni impedirlo, ni darles ya alcance. En tal situación ¿qué remedio nos quedaba sino añadir á los ya fatigados hombros la carga que aquéllos abandonaban, y seguir adelante, esperando en la Providencia de Dios, que no nos abandonaría en medio de aquel laberinto de cordilleras y de aquellos espesos bosques? Así, pues, se hizo, caminando solos hasta que dimos con nuevas casas, donde pudimos haber nuevos guías. En todo este conjunto de difíciles circunstancias los disciplinarios dieron pruebas muy patentes de sufrimiento y de disciplina.

prestado fué recomendado por él con tanto interés. Después de todos estos trabajos, que muy ligeramente quedan referidos, no extrañe V. R. que llegase yo tan estropeado á Dávao, que hube de estar más de veinte días sin celebrar la santa Misa; pues no sólo fué la pierna llagada; sino que además, por todas partes de mi cuerpo salieron granos malignos, que me han obligado á estar en Dávao treinta y tres días. Así, pues, aunque la expedición hasta Butuan no se ha realizado en un mes, como yo dije, se ha demostrado ya que puede hacerse en este tiempo; pues de Cottabato á Dávao fueron doce días, á pesar de las dificultades dichas; y desde Dávao á Compostela ó Játiva son unos ocho los días que se emplean; aunque yo no he podido hacer esta última parte de la expedición, por la constante avenida del río Hijo. Antes

de salir de Dávao ya lo tenía yo visto esto; pues durante todo el mes de Abril las lluvias fueron torrenciales y los ríos todos venían desbordados, pero como ya estaba bueno y el retraso mío era tan grande, me puse en marcha para el río Hijo con seis soldados del Tercio de Dávao que me facilitó el señor gobernador: como estaba previsto, el río le encontramos imponente, y con grandes trabajos y auxiliados por los moros que viven en sus riberas pude subir en seis horas hasta su ranchería. Allí esperé un día á ver si las aguas bajaban; pero viendo que no descendían y que el tiempo seguía lluvioso, juzgué necesario desistir del empeño, y no tuve otro remedio que dirigir la proa para Cuabo y de aquí atravesar para Matti, donde comencé á escribir ésta, y seguir para Caraga, desde donde ya me será fácil ponerme luego en Surigao ó en Butuan.

No sé si en el Diario hice constar que Namblí, dato que vive muy cerca del destacamento de Piquit, se portó

noblemente y cumplió muy bien las recomendaciones que le hizo D. Federico Novella, gobernador de Cottabato. En cambio sus compañeros del río Cabacan nos condujeron tres días fuera de toda vereda y por puntos muy difíciles, á mi ver, con el marcado interés de que no conociéramos los caminos que tienen para comunicarse con los aetas de la ilaya del Cabacan. Tres días y medio caminamos para llegar á los primeros aetas, siendo muy reducido el número de éstos que se descubre en aquellas alturas. La escasa población de esta raza se explica por ser la carne de cañón de los moros, para proveerse de esclavos; vive muy escondida y como remontada en aquellas inaccesibles alturas para librarse del cautiverio.

OCEANÍA

Las Misiones de Formosa

Un respetable Religioso de la Orden de Santo Domingo, residente en Filipinas, ha escrito el siguiente trabajo que leerán con interés nuestros lectores:

Dos naciones se disputaban á principios del siglo XVII el dominio de estos mares. La primera, no contenta con tener asombrado el mundo antiguo con la gloria de sus hazañas, que aun ciertas como son, nos parecen fabulosas, se lanza á los mares de Occidente, en busca de otro nuevo que encontró, civilizó y sometió al yugo del Cristianismo á fuerza de pro-



COCHINCHINA.—Puente de bambúes. (Pág. 71)



CONGO.—El príncipe Manyema de Condé. (Pág. 60)

digios de heroísmo, abnegación y piedad, y pone la proa á los mares del Oriente en demanda de otras naciones, si existen, que puedan admirar la pureza de su fe, la altivez de su carácter, la nobleza de su pecho, la pujanza de su brazo. No llevaban sus bajeles esas drogas ponzoñosas, que embrutecen al salvaje enervándolo con deliquios de lubricidad asquerosa y repugnante, ni sus hijos depositaban el error y la mentira en el seno de los pueblos que con ellos contrataban, para medrar á la sombra de la anarquía y desorden: su misión era altamente humanitaria, las playas que descubrían las consagraban á Dios, y doquiera que fijaban el asta de su bandera brotaba fresco y lozano el madero de la Cruz.

Pero había otra nación, joven, de pocos años de vida, que embriagada con la copa de una libertad fascinadora, no contenta con emanciparse bruscamente de la tutela de su madre cariñosa, no satisfecha con haber sacudido la doble autoridad de su Rey y de su Dios, echó al mar sus buques aventureros para espiar los pasos y descuidos de su madre, neutralizar sus proyectos, arrebatarle su gloria, humillar su noble orgullo, despojarla de sus presas y derribar sus altares levantados á veces sobre cimientos amasados con la sangre de sus hijos. Nuestros lectores comprenderán que hemos querido retratar, si bien con tan toscas pinceladas, á la España y á la Holanda, no como son al presente, sino como fueron en los primeros tiempos de su malhadado rompimiento, con sus odios y venganzas, con su rivalidad y antagonismo. No queremos citar hechos en corroboración de estas reflexiones generales: llenas están las crónicas de estas islas, y á la vista tenemos las colonias que algún día fueran nuestras; y por hoy nos contentaremos con echar una ojeada sobre las Misiones que florecieran en isla Hermosa á la sombra de la bandera española, y se perdieron por haberla reemplazado el pabellón holandés.

«El holandés, dice, el Ilmo. Aduarte (1), que tan de veras procura enflaquecer la potencia española y disminuir los hijos de la Iglesia, viendo que para ambos efectos le importaba tomar asiento en la isla Hermosa, con que podía impedir el paso á los mercaderes chinos, que con sus haciendas y riquezas vienen en Manila y á los predicadores del santo Evangelio que con ansias desean predicarle en la China, lo puso por obra el año 1624, é hizo su asiento en el puerto que llaman Taiban, enfrente de Haiteng, ciudad principal del gobierno de Chincheo, puerto y llave de aquella provincia, de donde fácilmente puede correr los mares y hacerse dueño de los navíos que de China salen... Fabricó una pequeña fuerza y comenzó á cerrar el paso, saliendo á robar los navíos de los chinos, con que los vecinos de Manila perdieron sus haciendas, y al santo Evangelio se le cerraba una importantísima puerta.» Tal era la doble y odiosa misión de la Holanda en los mares del Oriente.

El celoso Sr. Silva, que dirigía entonces los destinos de estas islas, no podía mirar con indiferencia la vecindad de un enemigo tan audaz y aun entonces poderoso, ni consentir que se estorbase el grandioso fin, el pensamiento culminante de la nación española al en-

(1) *Historia de la Provincia del Santísimo Rosario*, parte 1.ª, lib. 2.º, cap. 29.

viar sus bajeles, misioneros y soldados á estas playas apartadas. Era muy levantado el ánimo de los fieros españoles, para que dejasen de acudir á esa especie de reto, ni podían consentir en pagar ese peaje humillante para el comercio de Manila, ni que se cerrase la puerta para difundir el Cristianismo en el Japón y la China, objeto principal, sino único, con que se fundaran algunas de las Corporaciones que existen en estas islas. «Cuando esta isla, dice el citado historiador (1), no fuera de presente lo que ha sido, ni prometiera lo que promete en adelante... era bien que nuestra nación hubiera tomado pie en ella para todo; para lo espiritual, porque allí parece que le van arrimando á aquel gran imperio de la China los pertrechos necesarios para su conquista espiritual, tan deseada de los varones apostólicos de nuestros tiempos y pasados, desde que hay de él noticia en nuestra Europa; para lo temporal, por tener desde allí tan cerca la contratación del mismo reino, que es tan rica y abundante de mercaderías de gran precio que hasta ahora no se ha visto otra tal en todo lo descubierto, ni se entiende la puede haber en todo lo por descubrir...» Tal era á su vez la doble y honrosa misión de la nación española, al poner sus ojos en las playas de Formosa.

Tan pronto como los españoles se afanzaron en Manila, intentaron varias veces establecerse en Formosa. Ya en los últimos años del siglo XVI se despachó con ese objeto una armada al mando de D. Juan de Zamudio, que ni aún pudo rebasar la punta de Mariveles: posteriormente fracasaron tantas otras tentativas, porque la gloria de enarbolar allí el pabellón de Castilla estaba reservada al celoso gobernador D. Fernando de Silva, así como la de sembrar la semilla evangélica á la ilustre familia de los Padres Dominicos. No nos hemos propuesto descender á una relación detallada y minuciosa, tanto más innecesaria á nuestro objeto cuanto que el año pasado publicó la *Revista de noticias* una Memoria juiciosa, en que se hacía la justicia debida al celo y abnegación de esa Religión sagrada que fué el alma de esta expedición altamente interesante (2). Sólo diremos que preparada con sigilo y con un pretexto especioso al río de Cagayan, abandonó aquellas playas el día 3 de Mayo de 1626, y el 10 del mismo tomó tierra en un puerto que apellidaron Santiago. La expedición se formaba de doce bajeles champanes y dos galeras en que iban tres capitanes de infantería con sus compañías, y por cabo de todos el sargento mayor Antonio Carreño de Valdez, y con la autoridad eclesiástica el provincial Fr. Bartolomé Martínez, llevando, en su compañía cinco Religiosos... El célebre Pedro Martín de Garay era el piloto mayor que dirigía la escuadra (3).»

(Se continuará).

(1) Lugar citado, cap. 40.

(2) Antes de ser provincial, dice el mismo historiador en el eap. 37 hablando del P. Bartolomé Martínez, acometió dos veces ir á China... mas antes dió en un pensamiento digno de un pecho abrasado en el amor de Dios y del prójimo, y fué procurar lo que antiguamente se había intentado, que fué ir españoles á poblar isla Hermosa, pareciéndole que de allí á China era el salto corto, y con la comunicación ordinaria y casi de cada día de una tierra á otra, sería fácil la entrada en aquella para los ministros del Señor. Debíó de tratar con el gobernador que era entonces de estas islas D. Fernando de Silva, y parecióle bien.

(3) «Por los años del Señor de 1725 gobernaba estas islas don Fernando de Silva, caballero del hábito de Santiago, práctico en

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Creencias de los indígenas

I.—Dios

Idea de Dios.—Dios bueno.—Dios malo

Los indígenas creen en la existencia de un Ser supremo, de un Dios eterno, Creador del universo, infinitamente bueno y justo, y que castiga severamente el fraude y el perjurio.

Según ellos, es un monarca poderoso, que tiene gran número de mujeres y muchos hijos. Goza en el cielo una existencia feliz, y se preocupa poco de lo que sucede en este mundo. Le dan el nombre de *N'Zambi a Mpungo*.

Viendo el mal en la tierra, é ignorando el dogma de la caída original, los habitantes del Congo imputan todas las calamidades á una divinidad mala. Al lado del Dios justo y perfecto admiten otro á quien dan atributos enteramente distintos: el primero lo ha creado todo; y el segundo quisiera destruirlo todo y se complace en el mal; aconseja á los hombres la injusticia, el perjurio, los robos, los envenenamientos y todos los otros crímenes. Es autor de los accidentes, de las enfermedades, de la esterilidad de los campos, en una palabra, de todas las miserias que afligen á la humanidad. Llámale *N'Zambi a mbi*, dios malo.

Como el Maniqueísmo, la religión de estos pueblos fúndase en los dos principios opuestos del bien y del mal.

Culto del dios malo.—Ídolos y fetiques de poblaciones.—Ídolos y fetiques domésticos

No temiendo al Dios bueno, y persuadidos de que les será siempre favorable, los indígenas no le tributan culto.

En cuanto al dios malo, no esperando de él nada bueno, no le ruegan, pero procuran apaciguarle con sacrificios y ofrendas.

Para hacérselo propicio, unos no comen volátiles ó antilopes; otros nunca prueban la carne de cerdo. La mayor parte, por orden del fetiquista, hacen voto de abstenerse toda su vida de alguna clase de alimento.

En su conjunto la religión de los ba-fiots se denomina el culto del *mkissi boma* ó del «fetique del terror.»

Figurándose que el dios malo puede multiplicarse al infinito, creen que su espíritu reside en ciertos animales, como el cocodrilo, y aun en objetos inanimados.

negocios de las Filipinas, por haber estado antes en ellas y sido capitán del campo, el cual deseando propagar, como buen vasallo de las dos Majestades divina y humana, sus imperios y monarquías, trató de enviar armada á isla Hermosa para que en alguno de sus puertos se tomase uno en nombre del rey de España, con cuyo abrigo los navíos de China hiciesen sus viajes, y el navío holandés no saliese con su intento. Negocio de tanta importancia pedía maduros consejeros y determinados ánimos, y para todo halló suficiencia en la Orden de Santo Domingo, que á las empresas dificultosas de donde el santo Evangelio espera su extensión, ha salido siempre con veras, exponiendo sus hijos á peligros de trabajos grandes para sacar descanso para las almas. (Ilmo. Sr. Aduarte, p. 1, lib. 20, cap. 29).»

A consecuencia de esta idea y del temor que les inspira el *N'Zambi a mbi*, adoran con culto idolátrico multitud de *kissis* ó fuerzas misteriosas á las que denominan fetiques, de la palabra portuguesa *feitico*, que significa encanto, sortilegio, hechicería.

El árbol del bosque, la hierba de la llanura, la piedra de la montaña son objeto de su culto. Sin exageración puede aplicárseles el reproche dirigido en otro tiempo á los egipcios: «Todo entre ellos es dios, excepto el Dios verdadero.»

Sus ídolos y fetiques revisten las formas más diversas: puede dividírseles en dos categorías:

- 1.º Los ídolos y fetiques de poblaciones.
- 2.º Los ídolos y fetiques domésticos.

Los ídolos y fetiques de población son estatuas de madera groseramente esculpidas, cuya altura habitual varía de treinta á setenta y cinco centímetros. Algunas, sin embargo, son de tamaño natural.

Muchas pecan por su grosero realismo.

Llevan en la cabeza un sombrero puntiagudo, tienen el rostro espolvoreado de diversos colores, y su cuerpo está cubierto de una costra de polvo rojo ó negro.

Comúnmente aparecen armados con una lanza ú hoja de cuchillo sin mango, y llevan en el vientre un trozo de espejo conocido con el nombre de *milongo*.

Algunos semejan bestias feroces ó monstruos; otros tienen figuras caprichosas y fantásticas.

A veces cosas que más llaman la atención en la naturaleza, como peñas ó troncos de árbol afectando formas extrañas, son consideradas como fetiques y conviértense en objetos de veneración para los indígenas.

A excepción de estos últimos, los ídolos y fetiques están encerrados en templos que no difieren de las chozas ordinarias ni en grandeza ni ornamentación, pero que les están especialmente consagrados.

Encuéntranse ídolos de esta clase en medio de las poblaciones, y á veces en los bosques y lugares apartados.

Los particulares van á consultarles para saber de ellos el éxito de sus empresas. Algunos creen que hablan de vez en cuando, y todos están persuadidos que inspiran á quienes les consultan.

Los indígenas no tienen tiempo determinado para ofrecer sacrificios. Cuando han sido víctimas de un robo y quieren obtener el castigo del ladrón, ó bien cuando tienen enemigos y quieren echarles un maleficio, van á pedir al ganga que hunda un clavo en la estatua del fetique: así los fetiques más célebres están erizados de puntas que les hacen particularmente repugnantes. Cuando tarda en recibirse la respuesta del fetique, se pide al ganga que hunda más profundamente el clavo.

Los ídolos domésticos son más numerosos. Parécense á los ídolos de población, pero generalmente no pasan de diez á quince centímetros de altura. Los negros los guardan en sus viviendas; y no los honran sino por vana confianza.

Cuando salen de casa toman con frecuencia en la mano uno de estos ídolos, que les sirve de protector.

El príncipe Manyema de Condé (1) lleva un notable brazalete de plata maciza esculpido, que es su fetique predilecto. Cuando encuentra un príncipe de las tribus vecinas le saluda frotando su brazalete con el de éste. Al beber tafia empieza por echar un sorbo á su brazalete, que agita en seguida sobre su cabeza: nunca pasa bebida alguna sin hacer antes esta ofrenda á su fetique.

Vese á veces sobre las puertas de las chozas ramas entrecortadas y con multitud de *grisgris*: es un fetique encargado de proteger la casa contra los ladrones durante la ausencia del dueño.

Ciertos negros para defender sus campos contra los merodeadores ó las intemperies del clima, suspenden á las ramas de los árboles serpientes ó sapos ensartados en una cuerdecita; otros colocan en tierra un cesto lleno de cuernos de cabra y de plumas de papagayo, ó bien ponen en medio de sus sementeras cuerdas en las cuales hay entrelazados huesos, plumas, cuernos, uñas y pieles de animales, ó clavan en el suelo ramas de árboles con algunos restos de vasijas.

Los negros, además, van cargados de amuletos destinados á protegerles contra los diversos males: los

uñas de leopardo, extremos de cuernos de búfalo ó antílope, redomitas llenas de tierra blanca, pelo de mono, plumas, picos y garras de aves, dientes y aletas de pescados, cabezas y pieles de serpientes, mariscos, trozos de hierro viejo, de cobre y de madera, tierra envuelta en un trapo, etc.

Tales son los objetos á los que atribuyen la virtud de preservar de accidentes, de la enfermedad y aún de la muerte.

Nos burlamos de las supersticiones de estos pueblos salvajes; y sin embargo, los países tenidos por más civilizados, ¿no son asimismo esclavos de supersticiones no menos extrañas?

Sin hablar de las consultas á las mujeres que echan las cartas y á las que dicen la buenaventura, tan general entre nuestros paisanos, ¿no hay muchos á quienes preocupa el haber derramado la sal, puesto en cruz un tenedor y un cuchillo, ó pisado la cola de un gato?

Pero una superstición hay que excede á todas por lo generalizada que se halla, y que es verdaderamente humillante para el orgullo francés. La encontramos en todas partes, no solo entre los incrédulos, que habitual-



SIRIA.—Templo romano de Bziza en el Líbano. (Pág. 66)

llevan el cuello, en los brazos, la cintura, las piernas, los pies, en todo el cuerpo.

Estos amuletos consisten en palillos adornados con hierros ó esculturas, en cañas, mariscos llenos de unguento misterioso, en semillas de árboles, calabacitas,

(1) País situado en los alrededores de Landana.

mente son las gentes más crédulas, sino aún entre los cristianos y así en las altas como en las humildes clases de la sociedad.

¿Cuántas amas de casa, desde la mujer del pueblo hasta la encopetada dama de los bulevares más aristocráticos de París, se atreverían á presidir una mesa en la que se contasen trece comensales?

Teme que su banquete sea considerado como una especie de festín de Baltasar: en el año que seguirá á la comida ha de morir el más joven ó el más viejo de los convidados.

Tal es, dicese, la sentencia pronunciada contra tales festines.

Las mujeres son las que más esclavas se muestran de esta singular superstición; mas conozco muchos hombres que en este punto son mujeres.

¿Hay que buscar acaso en el hecho de que Nuestro Señor murió en viernes, el origen del carácter nefasto atribuído á este día por la tradición popular?

Y ¿no debe buscarse asimismo el origen del temor supersticioso que impide sentarse á la mesa trece convidados, en la comida memorable de la Cena, poco después de la cual se ahorcó Judas?

¡Sería singular historia la que pudiera escribirse de las tradiciones religiosas desfiguradas por las pasiones ó la credulidad humana!

Gangas

Los ministros de la religión de los indígenas son llamados *ganga nkissi* (sacerdotes de los ídolos), por oposición á los misioneros, á quienes denominan *ganga Nzambi* (sacerdotes de Dios).

Se les reconoce fácilmente por sus adornos particulares: ciñense la frente con una corona de plumas de colores varios, pónense un cinturón compuesto de pedazos de tela mezclados con fetiques, campanillas y cascabeles, y se tatúan ó pican el rostro de la manera más horrible.

Los gangas no ofrecen sacrificios á la divinidad: si se consideran las funciones de su ministerio, no merecen sino los nombres de hechiceros, adivinos y magos ó de pronosticadores de la buenaventura.

Son tan ignorantes como el resto del pueblo, pero más tramposos.

Nadie duda que los gangas tienen comercio con el dios del mal, y que poseen los medios más propios para apaciguarle, y aún se tiene más confianza en ellos que en los ídolos: consúltanles para conocer el porvenir y descubrir las cosas secretas.

Créese que tienen el don de hacerse invisibles; que son dueños de los elementos, y que disponen á su antojo del viento y la lluvia.



SIRIA.—Puerta del recinto sagrado del templo romano de Naus. (Pág. 65)

Estos impostores son por lo demás bastante hábiles para no comprometerse: no hacen hablar al *Nzambi* sino después de haber consultado la atmósfera.

Ejercen la medicina, y pretenden curar todas las enfermedades. Vanaglorianse de conocer el presente, el pasado y el porvenir. Lo mismo que los médicos de los países civilizados, usan sustancias venenosas: afirman que, como estos últimos, sólo las utilizan para curar; pero más comúnmente las aprovechan para desembarazarse de aquellos que son una carga para sus clientes, como los enemigos, los ancianos, los lisiados, los enfermos crónicos, etc.

Exigen presentes de todos los que acuden á consultarles, y acaban por despojar enteramente y reducir á la miseria á cuantos ponen en ellos su confianza.

Los gangas más viejos someten á multitud de prue-

bas y ceremonias ridículas á los que quieren ser cofrades suyos.

Quien usurpa las funciones de ganga es empalado vivo.

El demonio, como se ve, es verdaderamente la mona de Dios: *simius Dei*: tiene sacerdotes, culto, rito y liturgia peculiares.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

II

La población. — Origen de los mandchúes. — Historia. — Tribus tártaras. — Los yu-pi-ta-tzes ó pieles de pescado. — Usos y costumbres.

SON mandchúes los que habitan el país de Mandchuria? ¿Quiénes son los mandchúes y de dónde proceden?

El origen de los mandchúes no aparece perfectamente claro, pues la leyenda se mezcla con la historia y á veces la reemplaza.

Los mandchúes pertenecen á la gran familia tártara conocida con el nombre de hunos. Por los años 50 de nuestra era, vencidos por los chinos, los hunos abandonaron en gran número su país y se esparcieron hacia el Occidente, empujando á las hordas bárbaras que juntas vinieron á asolar el imperio romano á principios del siglo V.

Algunas tribus, sin embargo, no siguieron este movimiento de emigración, reformáronse paulatinamente, y se hicieron temibles á los pueblos vecinos. Bajo la dirección de famoso Gengis Khan los hunos se derramaron como un torrente en China, en la India y la Persia, en Siria, Moscovia, Polonia, Hungría y Austria. En el siglo XIII un nieto del conquistador, Kubilai, apoderóse de China y fué fundador de la dinastía de los Yuen que ocupó el trono durante un siglo, sucediéndole la dinastía china de los Ming.

Mas vencidos en China, los tártaros se acantonaron en sus vastas estepas, y uno de sus príncipes, Tamerlán, renovó las hazañas de Gengis Khan, conquistó toda el Asia Occidental, é hizo temblar á Europa á fines del siglo XIV.

Por esta época se efectuaría la división de los tártaros en dos grandes ramas principales: los tártaros occidentales designados con el nombre de mongoles, y los tártaros orientales que tomaron el de mandchúes.

Uno de los jefes de estos últimos, Han-Uang, reunió de grado ó por fuerza diecisiete tribus bajo su autoridad, fundó el reino de Mandchuria é hizo de Mukden su capital.

En 1616 su poder era tan sólido que no temió señalar al emperador de China siete quejas de las que decía querer vengarse. El atrevido manifiesto concluía con estas palabras: «Para vengar estas siete injurias voy á subyugar la China.» Sorprendido por la muerte en 1626, no tuvo tiempo de cumplir su amenaza.

El honor de conquistar la China estaba reservado á Suen-tche (1), su nieto, que se apoderó de Pekin el

(1) Llamado por los chinos Chun-thi.

año 1626. Con él los tártaros mandchúes vinieron á ser dueño del imperio del Medio.

Tal es, sucintamente resumida, la historia política de los mandchúes hasta la conquista de la China.

Por esta última época los rusos hacían sus primeras tentativas en el Saghaliano y el Ussuri. Vasili Poyarkov, á la cabeza de ciento veinte cosacos, exploraba ambos ríos, descubría su curso é imponía á los ghilia-kos un tributo de pieles. Habiéndose propalado la noticia de esta aventurera expedición, los cazadores multiplicaron sus excursiones por aquellas regiones nuevas.

El más famoso de esos tratantes, filibusteros y piratas, fué Parlovitch Kabarov, de quien hemos hablado ya; en 1651 empezó la campaña por el Saghaliano, arrojó de sus puestos á los jefes daurianos, y construyó el fuerte Albazin, del que hizo una especie de depósito y plaza de armas: luego, continuando sus conquistas, lanzó todas sus embarcaciones al río, tomó por asalto los fuertes, é incendió unos y arrasó otros después de haberlos saqueado.

Quisieron los tártaros mandchúes oponerse á los aventureros, y fueron vencidos, pero después de una batalla sangrienta que hizo perder á Kabarov la mitad de sus soldados.

Algunos refuerzos iban á permitirle continuar sus conquistas, pero surgieron divergencias con el jefe de los recién llegados, y Kabarov fué conducido á Moscou, donde se le tributaron honores y se le confirieron varios títulos. Murió algunos años después sin haber vuelto á ver las llanuras de Mongolia. Su familia existe todavía, y es popular su nombre en toda la Siberia Oriental.

Sin embargo, Khang-hi, inquieto por la vecindad de los rusos, mandó construir obras de defensa en la frontera del Norte, y envió fuerzas considerables que alcanzaron muchas victorias y expulsaron á los invasores. Pronto volvieron éstos á la carga: la guerra iba prolongándose con alternativas de victorias y derrotas, cuando ambos Gobiernos concertaron el tratado de Nertchinsk el 27 de Agosto de 1689.

China cedió á Rusia la orilla derecha del Argun, pero le rehusó el Saghaliano. Los rusos retrocedieron ante el río entrevisto y que, durante siglo y medio, debía quedar cerrado á su codicia.

Fuera de estos sucesos particulares, ocurridos en el extremo Norte, Mandchuria comparte la suerte y los sentimientos de China: enorgullécese con los soberanos hábiles que los relatos de los misioneros han dado á conocer á Europa: Kang-hi, Yong-tching y Kien-long, y estremécese de cólera ó tiembla de temor cuando las expediciones inglesas y francesas á Cantón, al río Azul y Pekin; ve á los rusos apoderarse de parte del país que considera como suyo, y debe á pesar suyo abrir sus puertos á los buques de Occidente.

Antes de la conquista del imperio del Medio por los tártaros, la gran muralla, cuidadosamente guardada por los chinos, impedía á los mandchúes su entrada en China, y recíprocamente la entrada en Mandchuria estaba prohibida á los chinos. Desde entonces ninguna frontera separa á ambos pueblos. Franqueada la gran mura-

lla, las poblaciones chinas de Tche-li y de Chan-tong, estrechadas en sus reducidas provincias, inundaron las llanuras inmensas de Mandchuria, y en pocos años desapareció casi todo recuerdo de los antiguos poseedores.

Los mandchúes impusieron á los vencidos la trenza ó cola, que es la señal de su conquista. Pero los chinos hicieron más aún. Actualmente puede recorrerse la Mandchuria hasta el río Amor con la ilusión de hallarse en una provincia de China, pues ha quedado punto menos que completamente borrado el color local.

El pueblo mandchú desaparece de día en día y se funde en el elemento chino: vencedor por la audacia de sus jefes y el valor de sus armas, se ha dejado vencer en sus usos, costumbres é idioma por los vencidos.

Los pueblos á quienes el Ilmo. Verrolles, sus colaboradores y sucesores han anunciado ó anuncian todavía el Evangelio, están, pues, compuestos en su mayor parte de Chinos, entre los cuales hay dispersas algunas familias mandchúes, y alejados de ellos numerosas tribus tártaras: tungusos, dauros, folonos, mongoles khalkas, ghiliakos, orotchones, goldos, tungos y yu-pi-ta-tzes.

Por sus rasgos todas estas tribus se acercan mucho á los mongoles, pero por sus costumbres se alejan de ellos.

Los mongoles, pueblo de pastores, dedicados en grande escala á la cría de rebaños, plantan sus tiendas en las llanuras de ricos pastos, mientras que dichas tribus viven casi todas en barca ó á orillas del Sungari, del Ussuri, del Saghaliano y de sus afluentes.

Estos pueblos tienen ciertamente un origen común, pero cada uno está celoso de su nombre, y menosprecia á los demás.

Tocante á los yu-pi-ta-tzes (pieles de pescado) los misioneros nos han escrito instructivos detalles.

Cubiertos en otro tiempo de pieles de pescado, de donde procede su nombre, hoy casi todos visten pieles de gamo con ó sin pelo, que tejen por sí mismos. Unicamente las jóvenes tienen un vestido de piel de pescado, de diferentes colores, que llevan en los días de fiesta, adornándolos á veces con chapecas en la orilla inferior.

La principal ocupación de esta tribu es la caza y la pesca.

La caza es privilegio de los hombres, pero las mujeres y los niños toman parte en la pesca. Su destreza es asombrosa: armado con un simple dardo de hierro, el yu-pi-ta-tze se sienta en una canoa de corteza; en pocos golpes de remo está en medio del río, y apenas ve un pez lo hiere con el dardo por un sencillo movimiento del brazo, conservando todo el resto del cuerpo inmóvil.

El pescado en estío, y la carne de gamo y de ciervo en invierno, constituyen con un poco de mijo cocido en agua todo su alimento.

Si bien sencillos en su trato, son de costumbres detestables. La embriaguez es su vicio predominante: no tratan ningún asunto ni hacen ceremonia alguna sin interminables libaciones.

En las visitas el cántaro de vino juega importante papel: el visitante trae uno, y el visitado ofrece dos y

tres más. Los inferiores se arrodillan para presentar el vaso lleno: el superior bebe una, dos, diez veces, y el inferior se levanta y bebe á su vez. La conversación se anima, y las genuflexiones y choque de vasos se repiten.

En las provincias rusas la población es muy variada. En la extremidad meridional del Kamchatka (cabo Lopatka) habitan los kuriles ó ainos, que (aun contados los de la isla Sakhaliana) no exceden hoy de un millar de individuos. La costa occidental y el centro de esta península están ocupados por los kamtchadalos, que se llaman á sí mismos itulmanos y que ascienden á unos cuatro mil, contando otros tantos tchuktches ó tchuktchis: sus hermanos de lengua y raza, los koriakos, que habitan más al Sur, son menos numerosos. Por la costa comprendida entre los montes Stanovoi y el mar de Okhotsh, vagan errantes, en número de un millar, los lamutes ó tunguses marítimos.

De algún tiempo acá la colonización ha hecho algunos progresos en la parte Sur del territorio del Amor y en la Primoskaia; los rusos la pueblan cada vez más, atraídos de su patria lejana por los rumores que se esparcen acerca las grandes riquezas naturales de la cuenca del Saghaliano.

El número anual de los inmigrantes, tanto de la Grande como de la Pequeña Rusia, Finlanda, etc., puede evaluarse en dos ó tres mil: vienen por mar á expensas del Gobierno del imperio. No cabe duda que cuando esté terminado el ferrocarril siberiano, el país experimentará una rápida transformación, merced á la afluencia de colonos eslavos.

En 1882 Rusia empezó seriamente á trabajar para asimilarse este extenso país, sobre todo la región meridional, y en cuatro años envió á ella 8,780 personas.

Tales son las razas y tribus diversas que habitan el suelo de Mandchuria: las tribus salvajes están diseminadas por las estepas y los bosques del extremo Norte; los rusos habitan el litoral y las orillas del Saghaliano; los chinos permanecen más comúnmente en las grandes ciudades y villas populosas, cuyo aspecto exterior se asemeja á los de las otras provincias del imperio: calles estrechas y sucias, casas bajas y ahumadas, pagodas más ó menos altas, mandarinatos y palacios de techos curvos, llenos de dibujos extravagantes y precedidos de portales en los que la escultura y la pintura crean á su antojo monstruos fantásticos ó representan los paisajes, animados ó no, del Extremo Oriente.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

Este estudio del sabio misionero tiene el mérito de una escrupulosa exactitud. Residiendo desde hace muchos años en la isla de los Pinos, el P. Lambert ha podido recopilar tradiciones fielmente conservadas por los jefes de familia de las diferentes tri-

bus, comprobar todos los hechos y visitar con frecuencia los lugares y objetos que describe. Ciertamente será leído con interés este trabajo de raro valor científico, que da sobre los indígenas de aquella isla de los antípodas noticias que en vano se buscarían en otra parte.

PARA aquel que haya recorrido con alguna atención los dos grupos del extremo Sur y del extremo Norte del archipiélago neocaledonense es evidente que tanto las tribus del uno como del otro tienen costumbres casi enteramente idénticas. Nacimientos, uniones, funerales, evocaciones solemnes, presentan por todas partes notabilísimas semejanzas. De este hecho podemos legítimamente deducir que todas las tribus del extenso país comprendido entre dichos puntos extremos tienen el mismo origen. Esta afirmación se halla además plenamente confirmada por el testimonio de nuestros misioneros, diseminados en las diferentes partes de la extensa isla, y por lo mismo de las tribus paganas desterradas á la isla de los Pinos á consecuencia de la insurrección de 1878.

Después de describir brevemente esta última isla desde el punto de vista geográfico, y de trazar rápidamente la historia de sus habitantes, nos proponemos estudiar con algún detenimiento los hipogeos y las piedras sagradas depositados en aquellas grutas sepulcrales, que son verdaderamente el centro de todo el antiguo culto pagano de los neocaledonenses.

I

Nociones generales sobre la isla de los Pinos.— Geografía de la misma

La isla de los Pinos está situada al extremo Sur de la Nueva Caledonia, de la que es en cierto modo mera prolongación; se desarrolla del Sudeste al Noroeste en una extensión de once millas. Un verdadero laberinto de arrecifes la separa de la tierra grande, cortada por dos pasajes practicables: el canal de Havannah, al Norte, y el paso de la Saviella, al Sur. Reinando mal tiempo la travesía es peligrosa, pero cuando sopla una suave brisa navegase plácidamente por entre aquellos macizos de coral, de los que sobresalen agujas formando variadísimos encajes, desnudas y enhiestas la mayor parte, pero adornadas algunas con penachos de verdor.

La orilla es baja, pedregosa y sin embargo poblada de árboles: allí sobre todo es donde se admiran esos bellos pinos columnarios que han dado su nombre á la isla, y que la hacen aparecer como una cesta de exuberante verdor: diríase á cierta distancia que son los mástiles de una numerosa escuadra. A algunas millas hacia el interior, el suelo se levanta en suave declive: la tierra buena, enriquecida de aluviones, suministra muchos centenares de acres al cultivo: después de este espacio descubierto, la pendiente se acentúa bajo los árboles en la dirección del pico de Ngao, de 800 pies de elevación. (*V. el grabado, pág. 68*).

Gran variedad de árboles cubre este territorio, mereciendo citarse el sándalo, cuyo tronco y ramas gruesas dan un aroma muy apetecido por los orientales. La exportación del sándalo se ha llevado á cabo con verdadero furor, habiendo atraído á la isla multitud de embarcaciones, á las que se ha denominado *sandaleros*, que han contribuido á la desaparición casi total de la

especie. Mediante este comercio los naturales han perdido el feroz apetito de carne humana, que les había merecido una reputación tan odiosa como justa, pero sus costumbres distan mucho de haber mejorado, y aún se ha hecho más difícil su conversión á la fe católica; habiendo sido necesaria la rara energía y la constancia de los reverendos Padres Maristas, coronadas al fin por consoladores resultados.

La estación principal de la Misión está en Puerto Vao, y lleva el nombre de Asunción, en conmemoración del día en que el Ilmo. Douarre, de gloriosa y santa memoria, obispo de Amata y vicario apostólico de Nueva Caledonia, tomó posesión de ella en 1848. (*V. el grabado de la pág. 65*).

La población de Kuñié, de que trataremos especialmente en este estudio, es desde el punto de vista indígena la más considerable de la isla; de suerte que con su nombre se designa también á veces la isla de los Pinos.

De las cartas de varios misioneros que han tratado de la expresada isla vamos á extractar algunos fragmentos tocantes á su posición geográfica, y que prepararán á lo que debe referirse en nuestra historia.

«Este reducido pueblo (decía el R. P. Poupinel, visitador de las Misiones de la Oceanía Occidental, en 31 de Marzo de 1859), ha costado mucho convencer, sobre todo á causa de su adhesión excesiva á las supersticiones idolátricas. Nuestros compañeros se han visto obligados durante muchos años á usar mucha prudencia para no dar ocasión á ciertas catástrofes. A pesar de estas dificultades, el Ilmo. Douarre no cesó de considerar la isla como un punto estratégico de la mayor importancia para la evangelización de Nueva Caledonia, y que convenía conservar á toda costa. Es sana, de clima favorable á los europeos, y se presta á rico y fácil cultivo. Está, además, cerca de la isla grande, y convenía preparar el terreno para convertirla.»

Algunas palabras de una carta del P. Goujou (7 de Septiembre de 1871) nos darán á conocer cuán acertada fué la previsión del Prelado de Amata acerca de la influencia que podría ejercer la conversión de la isla de los Pinos en la de la isla grande. Hablando de Yate, en la costa Este de Nueva Caledonia, el P. Goujou recuerda desde luego que las gentes de esta tribu se mostraron muy hostiles á las tentativas de apostolado que hizo el mismo Obispo en 1849. Sólo á fuerza de paciencia y habilidad pudo salir de allí sano y salvo.

«Sin embargo, continúa el venerable misionero, las gentes de Yate y las de Tuauros sus vecinos, atacados y vencidos por los de la isla de los Pinos, que son guerreros y valientes, quedaron obligados á acudir todos los años á Kuñié, para renovar el acto de sumisión y pagar un tributo á sus vencedores.

«Los vencidos, admirados luego por el feliz cambio que se había obrado en la isla, empezaron á lamentar el haberse privado voluntariamente de la fuente de paz y de dicha que el Evangelio había abierto en el seno de aquella población transformada. Así, en cada uno de sus viajes venían á manifestarnos su ardiente deseo de

abrazar la fe. Viendo tan felices disposiciones, les exhorté á que acudiesen al R. P. Rougeyron, superior y provicario residente en la Concepción, para manifestarle personalmente sus deseos.”

RUÍNAS DEL LÍBANO

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPANÍA DE JESÚS

IV Y ÚLTIMO

Los templos de Bziza y de Naus

EN ninguna parte son tan numerosos los templos paganos como en la vertiente occidental del Líbano entre el Nahr-Ibrahim, antiguo río Adonis, al Sur, y el Nahr-Zadicha ó río de los Santos, al Norte. Pocas

Una de las cuatro columnas del pórtico yace en el suelo. El intercolumnio del centro, mayor que los dos restantes, deja ver en toda su longitud la magnífica puerta central. El interior de la cella ó nave forma un rectángulo y debía probablemente estar á cielo raso, puesto que no se ven en ella ventanas ni vestigios de bóveda. En la época cristiana se la transformó en iglesia por la adición de un doble ábside á izquierda y de una bóveda de materiales pequeños. En el muro lateral de la derecha adviértese un nicho terminado en una concha primorosamente labrada. Era sin duda el lugar propio de una estatua. Los indígenas llaman á esta ruína la iglesia de las Columnas ó Nuestra Señora de las Columnas.

A pocos pasos, bajo enormes y frondosos árboles se oculta una antigua capilla dedicada á San Elías, cons-



NUEVA CALEDONIA.—Puerto de Vao. (Pág. 64)

de estas ruínas, sin embargo, revelan la belleza de la primitiva construcción.

El más bien conservado y más esbelto de estos templos hállase á cuatro leguas al Sur de Trípoli, cerca de un pueblo llamado Bziza por abreviación de Beit Aziza, la casa de Aziza.

Colocado en una ligera elevación del suelo en la extremidad de una vasta meseta, primer escalón del Líbano, de lejos atrae las miradas, y de cerca encanta por la gracia de su pórtico de columnas, y la belleza y riqueza de su arquitectura. Dorado por el sol de los siglos, el edificio ha contraído á la larga ese tinte rojizo y fuerte que comunica un sello particular á las ruínas en los países bañados por los rayos de un sol ardiente.

truída con los viejos materiales de otro edificio pagano que ha desaparecido enteramente. Hoy día para llamar á los fieles á la oración golpean una gruesa barra de hierro suspendida cerca de la puerta.

Dos templos mucho más vastos cubren la meseta de la bella montaña redondeada que domina á Bziza, al Nordeste, á una altura de ciento cincuenta ó doscientos metros. El nombre del lugar es Naus, del griego naos, templo.

La puerta de los recintos sagrados que preceden á la cella del templo del Este ha conservado en pie sus dos jambas, de cinco metros de altura, y adornadas con una

linda guirnalda de flores. (V. el grabado de la pág. 60).

Estos enormes monolitos están labrados en escalones para apoyar los sillares de la pared. Sostienen un dintel adornado con ese glóbulo alado que, hasta la época de los Antoninos, fué el obligado adorno todos los templos de la Fenicia. Dícese que Renán lo transportó al Museo del Louvre. La cella, el templo propiamente dicho subsiste aún en parte. Está construída en releje sobre un alto basamento adornado con elegante cornisa. Precedíala un pórtico de cuatro columnas. En el interior los muros están adornados con nichos y pilastras.

El segundo templo, situado al Poniente, es más grande, pero menos bien conservado. El eje de las construcciones se dirige al Estenordeste, mientras que el del primer templo va sencillamente al Este. Le precede y rodea un coro sagrado ó *temenos*, de cien metros de largo y sesenta de ancho, construído con excelentes materiales. De la cella sólo se conserva el basamento y los restos esparcidos de las columnas corintias de su pórtico. Un busto, cuya cabeza está rodeada de rayos, y que yace confundido con los restos, hace sospechar si el templo estuvo consagrado á Baal-Chemech ó Balaal-Sol.

Todas estas construcciones corresponden á la época romana; pero su carácter sirio muy marcado las distingue á primera vista de los edificios puramente romanos de Ba'albeck.

Las bellas esculturas fenicias cortadas en la roca y las vastas canteras que se ven al rededor de Naus prueban que hubo allí un centro de población considerable. El nombre mismo de este centro es desconocido: tal vez sobrevive en el de la aldea de Airo-Akrin situada muy cerca, junto á una deliciosa fuente.

Muchas construcciones posteriores hechas con los antiguos materiales de los templos, convirtiéronse á su vez en ruínas. Sólo dos modestas capillas, una de la Santísima Virgen y otra de Santiago, quedan en pie en medio de esos inmensos restos sagrados y profanos.

LAS ALTAS CASTAS DE LA INDIA Y ESPECIALMENTE LOS BRACMANES

La soberbia, que es el primero de los pecados capitales, y el principio de todo pecado, como dice la divina Escritura: *Initium omnis peccati superbia*, ha sido y es una de las causas principales generadoras de este gran mal, la diferencia monstruosa de castas de hombres, ó clases altas y bajas de la sociedad, que han existido principalmente en todos los pueblos donde no se adora y sirve al único y verdadero Dios. Y decimos *donde no se adora y sirve al único y verdadero Dios*, porque en donde esto sucede, sabe todo el mundo que todos los humanos formamos una sola gran familia, de la cual es Padre común Dios omnipotente, Creador, Conservador y Ordenador de cuanto existe, y que por consiguiente todos somos hermanos. Esto no quiere decir de manera ninguna que haya de haber necesariamente una igualdad completa entre todos estos hermanos. No, esto no puede ser, como no la hay en las cualidades intelectuales, físicas y morales de los sujetos que la forman, como es evidente.

Por lo que respecta á las altas castas de la India, y especialmente de los bracmanes, ¿quién duda que esa soberbia luciferina las ha engendrado? Muchas son las clases de altas castas que allí existen, pero tres aparecen como las principales; y son la de los sacerdotes ó mas bien de los sabios, que es hereditaria; la de los guerreros, y la de los bracmanes. Aquélla provino sin duda de algún pueblo semítico, que consevó mejor que ninguno la tradición de la sabiduría y de las creencias patriarcales, y que estando desde el principio unidos y de acuerdo con la raza guerrera, otra de las principales, en unión con ésta subyugó á los otros pueblos. En breve se estableció la lucha entre los sacerdotes y los guerreros; lucha de que dan testimonio, dice el célebre historiador César Cantú, varias tradiciones poéticas, que refieren cómo Param Barma (Visnú encarnado bajo la figura de un bracmán), que obtuvo veinte victorias sobre los guerreros, y estaba para aniquilarlos, cuando los bracmanes se interpusieron. «Esta casta de los bracmanes fué y sigue siendo de las mas temibles, y que más obstáculos han puesto y ponen todavía á la difusión del Cristianismo.

Son los bracmanes los teólogos y doctores de la India, muy estimados en ella, por creer que descienden de los dioses; pero, aunque todos tienen el mismo origen de nobleza, las hazañas de los antepasados hacían distinguir las familias con dignidades hereditarias. Ellos son los maestros que leen en las Universidades, y los sacerdotes que sirven en los templos. Muchos son reyes, otros tienen grandes pueblos; y el más pobre y mendigo se estima tanto, que no se digna casarse con la hija de otro que no sea del linaje divino de los bracmanes, aunque sea de sangre real. Unos viven en las ciudades con sus mujeres é hijos, tratando en mercancias; otros que, según ellos, profesan castidad, viven como religiosos en monasterios, que suelen tener á ciento y doscientos; otros, á quien llaman *yogues*, moran en los desiertos, ó encerrados en el hueco de un árbol, ó medio sepultados en la tierra, padeciendo hambre, sed, vigiliias y otras penalidades, hasta que habiendo acabado el tiempo de la penitencia, van saliendo por su orden, con licencia de entregarse á todo género de vicios, que dicta la ira ó persuade la incontinencia, sin que nadie los pueda castigar y hasta sin que nadie se escandalice. ¿Cómo no habían de oponerse á las doctrinas evangélicas cuando el gran Apóstol de las Indias, el gran Francisco Javier, se las predicó en nombre de Dios? La oposición que hicieron raya en lo increíble. Eran poderosos; el pueblo, ignorante; los que se tenían como descendientes de sus dioses, daban cierto barniz de piedad con la penitencia temporal, á sus embustes y desórdenes. Eran, pues, una rémora infernal para la propia conversión y para la de muchos otros. San Francisco Javier, que tantas controversias sostuvo con ellos, confundiéndolos muchas veces, escribía á sus hermanos de la Compañía de Europa, que eran el mayor obstáculo que tenía la Religión católica en la India, y que si no hubiera bracmanes, no habría ídolos, ni templos, ni superstición, y que rogaba á Dios continuamente librara á todos los gentiles de sus engaños, aplicando á ellos el verso de David: *Ab homine iniquo et doloso erue me.*

Comprenderáse mejor lo que era esta casta, llamada *alta*, de hombres, si la comparamos con las castas bajas, que llamaban y llamán *parias*. Viven éstos apartados de todas las demás castas, procedentes, según todas las probalidades, de algún pueblo vencido, como los ilotas de Esparta, y obligados por la soberbia de los vencedores á sufrir con su inocente posteridad el peso del oprobio. Entre los indios el paria es mirado con horror como maldito de Dios, y destinado á expiar enormes crímenes cometidos en una vida anterior. Estos infelicitísimos seres están sujetos á toda especie de humillaciones: es vergonzoso conversar con ellos; se contaminan el agua ó la leche sobre los cuales pasa su sombra, y deben rodear de huesos de animales las fuentes á que se acercan, y el guerrero puede matar impunemente á los que á él se lleguen.

La conversión de los brahmanes particularmente tiene otro inconveniente muy grave, y es, que los que quieren hacerse católicos, se exponen á ser arrojados de la casta y descender al rango de los *parias*. Algunos, aunque en corto número, se atrevieron en los siglos pasados á afrontar esta entre ellos bochornosa deshonra, y la mayor parte de hecho perdieron sus derechos, y por consiguiente la influencia de que antes gozaban.

Hoy día, muchos reciben instrucción en colegios católicos ó protestantes. Gran número se vuelven racionalistas; otros se sienten deslumbrados con la luz de la ciencia cristiana. En fin, durante muchos años se ha desesperado de verlos abandonar á Brahma por Jesucristo. Sin embargo, han tenido el valor de arrostrar toda clase de amenazas, malos tratamientos y violencias de sus familias, y han abrazado la Religión católica, y se esfuerzan en conservar todos los derechos civiles de su casta y rango en la sociedad.

El número de estas conversiones es todavía muy reducido. Y sin embargo, los periódicos del país, que no se dignan mencionar siquiera la conversión de pueblos enteros, cuando se trata de las castas inferiores; hablan mucho de lo que ellos consideran como un grande acontecimiento.

Pidamos, pues, con mucha fe al divino Corazón de Jesús que dé santo valor á los jóvenes brahmanes, relativamente numerosos, que son ya cristianos en el secreto de su corazón, pero que todavía titubean. Si el movimiento comenzado se extiende, la situación del Coticismo en la India cambiará, y se transformará completamente.

EL COMPAÑERO DEL P. DAMIÁN



No era el único el P. Damián Deveuster en su obra de sacrificio y abnegación entre los leprosos de Molokai. Otro héroe de la caridad, miembro también de la Congregación de los Sagrados Corazones, el P. Conrardy, compartía con él las rudas tareas de tan difícil apostolado, según se ve en la siguiente carta que escribió á uno de sus colegas de Bélgica, poco antes de la muerte del P. Deveuster:

«Querido y reverendísimo Padre y Hermano: La tierra en que vivimos no es muy diferente de una gran cárcel;

montañas escarpadas de dos mil pies de altura nos separan de lo restante de la isla. Nuestra estancia tiene unas tres millas de largo, y un tercio de anchura máxima.

«Somos de mil á dos mil personas. Hasta hoy he dudado si volvería ó no á ver la Europa; pero veo ahora que mi presencia es aquí necesaria. Nuestros queridos leprosos no sufren mal trato en lo material; pues el Gobierno los provee bien durante el tiempo que han de pasar aquí, que es de diez años. La mayor parte sucumbe dentro de los cinco. El P. Damián ha visto renovada esta población tres veces, y no sé cuántos cambios me tocará á mí presenciar. ¿Quedaré yo también inficionado? Es muy probable que sí; pues las precauciones se pueden prescribir mejor que guardar; además, muy dudoso parece el feliz éxito de ellas.

«Pero quiero hablar á V. sólo del P. Damián, que pronto morirá mártir de su propia caridad y abnegación. En Inglaterra y en América se le da este nombre, y para mí estaba reservada la gracia de vivir junto á él. La lepra le va consumiendo, atacando alternativamente sus oídos, ojos, nariz, garganta, manos y pulmones. Lo que ha padecido es indecible: al presente está completamente desfigurado, su voz se ha casi apagado. ¡Si usted le viera tendido en su lecho en el suelo, no podría contener las lágrimas al pensar que aquel que tanto ha hecho para socorrer á los desamparados, hállese ahora en una condición tan lastimosa, siendo además muy poco lo que se puede hacer en su alivio! Afortunadamente, conserva el Padre todavía el uso de sus manos, de que otros se ven privados, y sus pies todavía no han desaparecido como en otros. La lepra es de diferente forma; algunos acaban por putrefacción; otros se van secando; unos se hallan cubiertos de escamas; otros pierden las extremidades, y algunos se desfiguran en la cara de un modo que da miedo verlos...

«Si el P. Damián tiene que morir pronto, yo quedaré inconsolable por muchas razones. El cuida á más de cien leprosos huérfanos, lo que no es poco cuando se considera que todo nuestro ministerio es servir á los leprosos. ¡Ojalá se digne Dios conservárnoslo uno, ó mejor dos años más, en cualquiera condición que sea! Yo vivo con él, y comemos juntos. La repugnancia que yo sentía, ya no existe, y estoy en las manos de Dios. Cuando me hallo de rodillas cerca de un leproso, respirando unos olores que pondrían en fuga á un regimiento de soldados, me parece que estoy sufriendo algo de mi purgatorio. ¿Qué le parece á V.? Cada semana llega un vaporcito. Todos van á la orilla. A veces los que llegan están mojados hasta los huesos. Luego comienzan gritos y llantos. Ahí está un marido, que se encuentra con su mujer, ó al revés: allá unos hijos que vuelven á ver á sus padres. Se hace la lista de los recién llegados, y se les procura habitación. Aunque yo no esté todavía atacado, me sería menester licencia de la Comisión sanitaria para ausentarme de la colonia. Pero no deseo salir. Aquí está mi ministerio, y aquí quedaré. Aprovecho esta ocasión para desear á usted y á todos los amigos un feliz año nuevo.

«Su atento y seguro servidor y amigo,—L. L. CONRARDY.»

EL APOSTOLADO DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA EN AFRICA

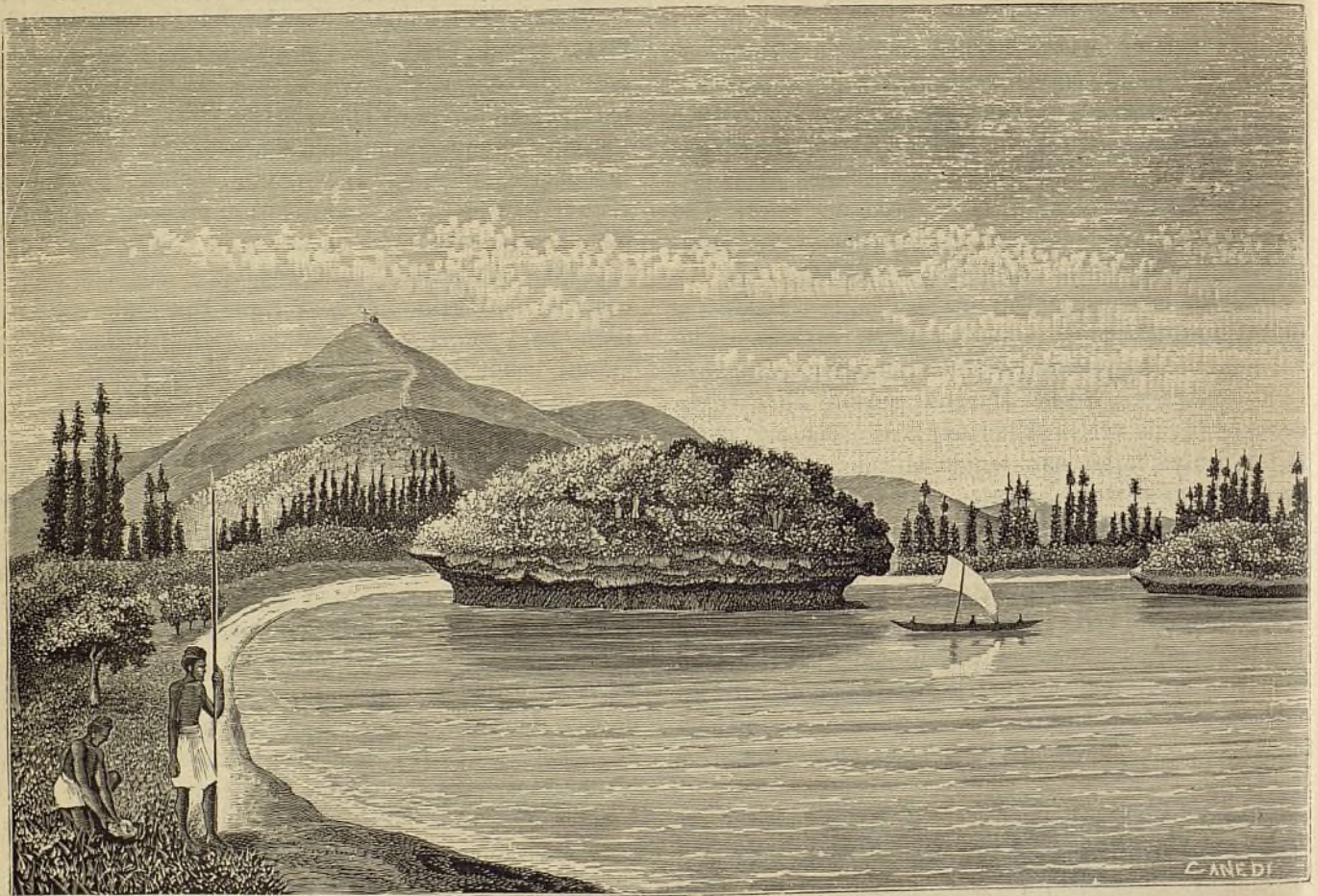
Las hijas de María Auxiladora, establecidas desde el año 1895 en *Manuba* junto á Túnez, han convertido en capilla una mezquita árabe que forma una cruz perfecta y que fué una antigua capilla y tal vez un verdadero santuario de la Santísima Virgen. Esta suposición se funda en haberse encontrado á principios de este siglo dentro del recinto de la mezquita una estatua de la Virgen Santísima de los Dolores.

Hará cosa de un año que se abrió al culto público; todos los días se celebra la santa Misa, proporcionándose á los fieles gran facilidad de acercarse á los santos

micias del celo salesiano, pues la imagen de la Virgen de los Dolores arriba citada, había sido descubierta por el abuelo de estas tres jóvenes.

La capilla recientemente restaurada está contigua á una vasta casa, donde las Hijas de María Auxiladora han puesto un Colegio interno, habiendo también abierto un externado, por lo que las niñas de Manuba que hasta aquí se veían obligadas á crecer sin instrucción, ahora mientras que atienden á los estudios y á los trabajos propios de su estado, reciben la enseñanza religiosa junto con una cristiana educación.

Conmovido al ver tan consoladores progresos, el Excmo. é Ilmo. Sr. Combes, arzobispo de Cartago y primado de Africa, había manifestado el deseo de consagrar solemnemente la nueva capilla para hacer un



NUEVA CALEDONIA.—Pico Ngao, visto desde Kuto. (Pág. 64)

sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Poco tiempo hace se administró el Sacramento del Bautismo á un niño de dos años y medio y á dos niñas de cuatro años la una y de seis la otra, habiendo esta última tomado tal cariño á las Hermanas, que todas las tardes, cuando llega la hora de volver á casa con la familia, rompe en amargo llanto.

Las Religiosas de D.^e Bosco han podido también obtener con su celo que tres jóvenes de unos veinte años cumplidos hayan aprendido el Catecismo, haciendo después su primera Comunión. No queremos pasar en silencio una coincidencia digna de especial mención: estas tres almas á quien el apostolado de las Hermanas de María Auxiladora ha prodigado estas señaladísimas gracias, parece que tuvieron algún derecho de ser las pri-

centro parroquial. Su ilustrísima fijó para esta fiesta el día 12 de Abril, y ni la inclemencia del tiempo ni otras dificultades aún más graves pudieron disuadir al veneradísimo Prelado de tomar parte en la función, dando así un público testimonio de simpatía á las Obras de D. Bosco; le acompañaba el M. I. Sr. Canónigo Bompard, arcipreste de Santa Cruz y celoso cooperador salesiano.

Fácil es imaginar la alegría de todo el barrio, alegría de la que hubieran sido fiel intérprete las campanas, si la pequeña iglesia de Manuba no se encontrara enteramente desprovista de ellas. De esta necesidad no dudamos que se harán cargo los beneméritos cooperadores, por lo que se espera poder darles dentro de poco la grata noticia de que los habitantes de Manuba

disponen ya de sagrados bronce, que les reunan para alabar al Señor, les alegren en sus dichas y les consuelen en sus tristezas.

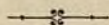
El numeroso concurso de pueblo que de Manuba y sus alrededores se había reunido, llenó con sus alegres y entusiastas cantos el vacío que dejaban las campanas. También de Túnez acudieron numerosos cooperadores entre los que se encontraban la Sra. Goudrias, hermana de S. Ilma. el señor Arzobispo, en compañía de toda su familia, y la Sra. d'Egremont, presidenta de las Damas de Caridad.

Apenas consagrada la capilla se bendijo una hermosísima imagen del Sagrado Corazón de Jesús, regalada á las Hijas de María Auxiliadora por recomendación del señor Arzobispo, el cual pronunció un elocuente discurso después de la bendición, desarrollando el tema: «La influencia divina que ejerce sobre la existencia del hombre la más humilde iglesia de aldea.» prodigando á las Hermanas alabanzas y elogios tan paternales cuanto delicados, por el celo y abnegación con que se consagran á la educación de las niñas y á la propagación del reino del adorable Corazón de Jesús en las almas.

Las Religiosas de D. Bosco han comenzado esta Obra sin medios algunos, no habiendo atesorado desde que la iniciaron ninguna otra cosa más que sus deseos de apostolado y las certezas de la fe y esperanza que nutren en su corazón, apoyadas en la potente protección de su celestial Patrona María Auxiliadora; tesoros, en verdad, que no tienen nada que temer ni de la polilla que los roa ni de ladrones que los roben.

La caridad católica y sobre todo la de los cooperadores, no olvidará ciertamente á la pequeña familia salesiana de Túnez, la cual está llamada, al lado de tantos otros obreros evangélicos, al alto honor de resucitar á su antigua y espléndida vida á la Iglesia de Africa, cuya resurrección será registrada por la historia como uno de los acontecimientos más grandes y consoladores de nuestro siglo.

CONVERSIONES



EN una conferencia dada últimamente en Bostón, el R. M. Agustín Adams afirmó que desde que él ingresó en el seno de la Iglesia católica, hace sólo tres años, había asistido á la abjuración de otros siete ministros protestantes, sin contar ciento ochenta miembros de su antiguo rebaño que habían imitado el ejemplo de su pastor.

La *Catholic Review*, del 18 de Abril, dice que el R. Federico F. Sherman, ministro de una rica iglesia episcopal y capellán de la marina de los Estados Unidos, ha vuelto él también á Roma. Hizo su abjuración el día 4, en la capilla de la Universidad de Georgetow, que está, como se sabe, á cargo de Padres Jesuitas. El R. Mr. Sherman es presidente de la Corte Suprema del Estado de Massachusetts.

Uno de los últimos números del *Catholic Universe*, de Cleveland, da la noticia de haberse convertido al Catolicismo el R. A. Yrene Dupont Coleman, el cual es hijo del M. R. Leighton Coleman, obispo episcopal de la diócesis de Delaware. Según dicen sus amigos, hacía

nueve años que R. M. Coleman estaba pensando en volver al gremio de la santa Madre Iglesia católica. Luego no se puede decir que su conversión haya sido precipitada. Le administró el bautismo *sub conditione* el mismo P. Smith, que le había estado instruyendo durante dieciocho meses. El R. Mr. Coleman es casado, y con su conversión se despide de un púlpito que era para él y su familia una verdadera mina de oro. Se graduó en Oxford, Inglaterra, unos veinte años ha.

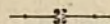
Son notables por el número y por la calidad de las personas las conversiones del Judaísmo al Cristianismo que se ha notado en los últimos años, y especialmente en Francia. Estos hechos son tanto más sorprendentes, cuanto que los judíos en vez de disminuir en prestigio social, aumentan éste, así como en riquezas y además en poder y en influencia. Entre los más notables de estos casos, se encuentran los de la Duquesa de Grammont, la Princesa de Wagram, la Baronesa de Van Zuylen, todas las cuales están enlazadas por parentesco con la familia Rothschild.

La actual Princesa reinante de Mónaco también es conversa al Catolicismo, pues es hijo del banquero hebreo Heine. Las grandes familias de la alta banca, como las de Fould, de Peren y de Erlanger, así como la de Cahen d'Anvers, que se han ligado por medio de tantos casamientos con las grandes casas de la aristocracia francesa, también están convertidas de la religión judía al Catolicismo.

¿Qué importancia tienen, en vista de esto, las insensatas charlatanerías de los que aseguran que el Catolicismo está espirante? ¡ninguna!

Agreguemos, además, que en China, en Japón, en las Indias Orientales, en Persia, en Turquía y en varias regiones del Africa, que cada día se abre más á la civilización europea, el catequista no descansa y los misioneros católicos cosechan muchas más abundantes mieses que los protestantes de las sectas numerosísimas, á pesar de los millones de libras esterlinas que gastan al año.

LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA EN ROMA



LOS RITOS ORIENTALES.—EL MOZÁRABE Y EL AMBROSIANO

EL 13 de Enero terminó en la Ciudad eterna la magnífica octava de la Epifanía en el templo de San Andrés del Valle. Interesarán á los lectores estas fiestas popularísimas en Roma, y durante las cuales da cada día la bendición con el Santísimo Sacramento un Cardenal de la Iglesia romana, predicando desde el púlpito eminentes oradores en las lenguas latina, italiana, inglesa, irlandesa, polaca, francesa, alemana y española, habiendo tocado este año el hacerlo en el idioma hispano al P. Salvador, vicerrector del Colegio español. Suceden á la Misa en latín las celebradas en los ritos armenio, sirio, greco-ruteno, búlgaro, griego puro, sirio-maronita, griego melkita y caldeo. He aquí lo que se refiere á las diversas Iglesias orientales.

El día 6, principio de las funciones, las inauguró ante el precioso Nacimiento que figura en el altar mayor, y cuyas magníficas imágenes fueron esculpidas por el

célebre artista romano Agrizi, el rector armenio monseñor Rubian, asistido del Colegio de la nación armenia. El sacerdote que celebra la Misa lleva en su cabeza una mitra redonda y en la mano una cruz con que bendice diferentes veces al pueblo, siendo aquélla riquísima en los Obispos y en su Patriarca.

La mitra de éste termina en un globo coronado por la cruz. En su música religiosa figura el címbalo, como el arpa y el órgano, y sus vestas pontificales ricamente adornadas concluyen en larga cola. No tienen como los griegos el hiconoclasta; pero antes de la celebración de los solemnes oficios un gran velo, como el de los latinos del Miércoles Santo, oculta el altar.

Uno de los ritos más solemnes es el sirio, que tocó celebrar el jueves, día 7, á monseñor Habrá, procurador del Patriarca de Antioquía, asistido de los alumnos sirios de *Propaganda Fide*. La lengua en que dijo la Misa es la misma en que se celebraron los primeros misterios de la cristiandad, siendo la de Jesucristo y de sus Apóstoles. Monseñor Ignacio Benni es su patriarca en Antioquía. La liturgia no se asemeja á ninguna otra. La Misa está dividida en tres partes. En la primera el sacerdote subiendo al altar ofrece el pan y el vino al pueblo recordando al pontífice Melquisedech, y significa además el sacrificio de Abrahán.

En la segunda parte se realiza el ofertorio y la procesión, que precede á la lectura del Evangelio cantado, dando á besar la paz á los fieles. Vienen después el *Sanctus*, la Consagración, el *Pater noster*, la Comunión y la bendición al pueblo con la presentación de la cruz divina. En la tercera parte el sacerdote consume el Cáliz y Pan, y se vuelve procesionalmente á la sacristía seguido del pueblo.

El día 8 ofició el Procurador general de los rutenos cerca de la Santa Sede en el rito greco-ruteno, que arranca desde los tiempos de San Ignacio, patriarca de Constantinopla. La iglesia rutena sigue el rito griego unido, pero usando la lengua eslava.

El sábado, día 9, la Misa del rito búlgaro fué celebrada por el obispo Lázaro Meladinoff. La liturgia búlgara, que arranca de los tiempos de los apóstoles eslavos Santos Cirilo y Metodio, es en el fondo la liturgia griega, usándose en Bulgaria, Servia, Bohemia, Tracia y Macedonia. Las especies sagradas son el pan fermentado y el vino, dividiéndose el Oficio divino en tres partes también, cantándose salmos é himnos, y verificándose á mitad de la Misa la procesión del Evangelio.

El domingo, 10, la función fué solemnísimamente, tocando pontificar al Arzobispo de Neocesárea con pontifical griego, asistido de dignatarios elevados de su Iglesia y de los alumnos del Colegio griego.

Este rito tiene su origen desde los Apóstoles, los cuales predicando el Evangelio cerca de las naciones de Oriente, adoptaron la lengua griega, siendo considerados los tres patriarcados de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalén como tres grandes centros en todas las regiones orientales.

La Misa griega, en gran parte, concuerda con la latina. En ella se señala con una pequeña lanza la Hostia de pan fermentado, y su segunda parte se llama la Misa de los catecúmenos, comprendiendo, además de la Epístola y del Evangelio, el canto del Trisagio.

En la tercera y última parte, llamada la Misa de los fieles, se realiza el transporte de los sagrados donativos desde un altar preparado al altar mayor. El Obispo celebrante viste una especie de dalmática ceñida al cuello.

El día 11 celebró el Oficio del rito sirio-marónita el R. P. Kazer, superior del Instituto Marónita en Roma. La liturgia de los maronitas es la de Santiago Apóstol, y su lengua la sirio-caldea, con algunas frases del árabe. Cuentan 400,000 fieles, siendo su patriarca actual monseñor Juan Kagg, que lleva el título de Constantinopla y reside en el Líbano, teniendo doce Obispos sufragáneos.

El día 12 monseñor Haggier, de los monjes Basilianos, celebró el culto de los melkitas, cuyo nombre proviene del rey Malek, que aprobó su patriarcado separado del de los maronitas.

Aparte de estos ritos de Oriente, en la Iglesia latina existen algunos otros especiales, como el mozárabe de nuestra catedral de Toledo, y el solemnísimamente rito ambrosiano de la iglesia de Milán. En las Misas solemnes, después de la Epístola, sigue una lección cantada desde el púlpito y que trata del Antiguo Testamento y de las Actas de los Apóstoles. El Evangelio se canta también desde el púlpito, desde donde el diácono pide la bendición al celebrante.

El *Credo* no se canta después del Evangelio, sino terminado el Ofertorio, y la bendición solemne se canta al darla también al pueblo, como en los pontificales romanos. En la metropolitana de Milán, como en su sucursal de San Carlos Borromeo en el Corso romano, antes del Ofertorio el celebrante, con el diácono y subdiácono, se dirige desde el altar á la punta del templo para recibir la oferta de pan y vino que desde la balaustrada le ofrecen los varones y las hembras, recordando que antiguamente los mismos fieles llevaban el pan y el vino que debía ser distribuido más tarde, después de la Consagración.—*M. C.*

CRÓNICA

Japón.—La archidiócesis de Tokio cuenta cerca de 14 millones de habitantes, y tiene unos 9,600 católicos, asistidos por los sacerdotes de las Misiones extranjeras de París. Hay 3 iglesias y 44 capillas, que las ofician 24 misioneros europeos. Tiene 1 Seminario y 1 Colegio de niños con 3 Academias ó escuelas de niñas, á cargo de las Hermanas del Niño Jesús y de San Pablo de Chartres, en número de 23 las primeras y 10 las segundas.

Hay además 20 escuelas con unos 4,500 alumnos de ambos sexos, y 4 asilos de niños y niñas, servidos por 13 Hermanas de la Sociedad de María.

La diócesis de Osaka, que cuenta unos 13 millones de habitantes, tiene más de 3,100 católicos, 8 iglesias y 2 capillas, con 24 oratorios, que sirven 20 misioneros europeos. Tiene también 1 Seminario y 11 escuelas, 7 de niños y 4 de niñas; además 5 asilos para niños y 1 para niñas, con 15 Hermanas del Niño Jesús.

La diócesis de Nagasaki cuenta 6 millones de habitantes y unos 28,000 católicos, con 54 iglesias y 25 capillas, servidas por 20 misioneros europeos y 15 indígenas. Hay un seminario, 14 escuelas de ambos sexos, y 1 de catequistas, con 7 asilos. Hay además, 8 Hermanas y 8 Comunidades de mujeres con 180 jóvenes que se dedican á enseñar á los niños, á catequizar y á varias obras de caridad.

La diócesis de Hocateuta cuenta unos 7 millones de habitantes, con unos 4,000 católicos, 7 iglesias y 23 capillas, en cuyo servicio

se ocupan 12 misioneros. Tiene 5 escuelas para niños de ambos sexos, 2 asilos y 12 Hermanas de San Pablo de Chartres.

En resumen, hay en todo el Imperio japonés 38 millones de habitantes, unos 43,000 católicos, 159 iglesias y capillas, y unas 336 cristiandades.

¡Qué diferencia de hoy á 270 años atrás! Llegó á contar el Japón 1.800,000 católicos, y hoy no tiene más que 43,000.

Cochinchina.—El R. P. Guerlach, de las Misiones Extranjeras, al remitirnos varias fotografías de aquel lejano país, que reproducimos en este número, nos escribe:

«A mis expensas he montado una farmacia que presta grandes servicios á los pobres enfermos, y eso me atrae la simpatía de los indígenas.

«Gracias á las limosnas recibidas de Europa he podido distribuir arroz y vestidos á los infelices hambrientos, con lo que ha progresado la obra de mis nuevas cristiandades. También he redimido algunos esclavos, anamitas ó salvajes, que son ahora libres é hijos de Dios. En torno mto hay miserias de todo género. Mostrándonos caritativos hacemos amar la Religión. Aprovecho todas las ocasiones para predicar la buena nueva, dejando á Dios que haga fructificar la semilla. Muchas familias extranjeras vienen á habitar en mis cristiandades, prefiriéndolas á los otros pueblos.»

Tamontaca (Filipinas).—El R. P. Estrada, de la Compañía de Jesús, escribe al reverendo Padre Superior de la Misión, al darle cuenta de una solemne función religiosa celebrada en Tamontaca:

«Los altares y paredes se engalanaron lo mejor que se pudo con colgaduras, ramos y luces. Se cantó la Misa de Mercadante con armonium y algunos instrumentos; celebró el Padre Superior, y como dicen que es un derecho inalienable de los recién venidos á este país encargarse de todos los sermones que podríamos llamar de campanillas, yo aunque las tengo mudas, no tuve más remedio que apechugar con ello.

«Después de la Misa hubo la parte profana de la fiesta. Reunidos ante la iglesia y debajo de los árboles de la calzada los jóvenes, parte del establecimiento, parte del pueblo, bailaron el consabido *moro-moro*, que á la verdad tiene pocos lances, por más que á los del país les parezca el *non plus ultra* de las diversiones. Lo que sí gustó mucho á todos fué el paloteado, nunca visto aquí, y que ejecutaron ocho niños del establecimiento muy bien adiestrados por el H. Serrano.

«Por la tarde salió la procesión, que fué muy devota y numerosa; eran llevadas en andas las imágenes de San Roque, San José y Purísima Concepción; además quince niñas del establecimiento vestidas de blanco llevaban quince pequeños estandartes representando cada uno un misterio del Santo Rosario; los cánticos acompañados por algunos instrumentos, casi no cesaron durante todo el trayecto, en el cual se habían levantado cinco arcos triunfales, uno al principio, otro en medio y otro al fin de la calzada que está frente á la iglesia, y otros dos en otra calzada, por donde dió la vuelta la procesión. Ya ve, Padre, si nos sabemos lucir también los de Tamontaca, cuando se trata de honrar á la Virgen Santísima. Vinieron, por supuesto, muchos forasteros, y vino también invitado por el Padre Superior el dato Arat acompañado de unos cuantos moros, que guardaban á su *Eccelencia*.

«Los moros han hecho sus *inocentes* travesuras en la bahía Illana. Hará como dos meses que se presentó en Parang-Parang un juramentado é hirió, no sé si á dos, por lo menos á uno de los centinelas, sin que pudiera ser habido. Recientemente en Barás ha ocurrido una sangrienta tragedia. Es el caso que se presentaron de noche tres moros en la casa de un comerciante chino cristiano, llamado Chicoco (dícese que al rededor de la casa había otros muchos moros.) Una vez dentro comenzaron á repartir tajos á diestro y á siniestro, y aunque en la lucha desesperada uno de ellos quedó en el sitio y los otros dos huyeron, no obstante la carnicería fué terrible; uno de la casa muerto, Chicoco herido de gravedad muriendo á los pocos días en Cottabato, su mujer herida aunque no tan gravemente; otros dos hombres heridos, que

trasladados á Cottabato están casi sin esperanza de vida, á quienes se ha conferido el Santo Bautismo, y algún otro ú otros que no recuerdo. ¿Cuál habrá sido la causa de ese desmán? ¿Será que rabiosos por las operaciones de la Laguna, quieran aterrorizar á estos países con sus criminales fechorías? ¿ó será quizá el aliciente de apoderarse, como se apoderaron, de un rifle que tenía Chicoco? No falta quien lo atribuya á esto último, y todo puede ser; porque los moros para hacerse con un fusil sistema moderno, son capaces de darse al diablo, cuanto más matar aunque sea medio mundo cristiano. En nuestra iglesia se ha celebrado un funeral por el alma de Chicoco, para demostrar en algún modo nuestro agradecimiento á los muchos y desinteresados servicios que prestó á este establecimiento, cuando más lo necesitaba, esto es, á raíz de la quema de 1886.

«El P. Bennasar salió el lunes de esta semana para visitar las Reducciones de los linuayes. El domingo irá á celebrar en Lebach, y esperamos que el lunes ó el martes estará de vuelta.

«En el poco tiempo que estoy en ésta se han bautizado diecisiete ó dieciocho adultos, la mayor parte moros; y que vengan ahora á referirnos ciertas gentes que los moros son inconvertibles.»

Noticias varias.—Un importante acontecimiento religioso se prepara en Bruselas: uno de los misioneros belgas del Congo ha sido llamado á Bélgica para recibir allí la consagración episcopal. Inmediatamente después volverá al Congo, en donde tendrá, como obispo, bajo su jurisdicción las primeras parroquias fundadas en aquel Estado independiente.

Sus facultades no se extienden, sin embargo, á la región del lago Tanganika, la cual forma una diócesis distinta reservada á los Padres Blancos instituidos por el cardenal Lavignerie.

El futuro Obispo es flamenco y pertenece por su nacimiento á la diócesis de Gante; pero como ha sido instruido en el Seminario de las Misiones belgas de Scheut cerca de Bruselas, será el Arzobispo de Malinas quien le dará la consagración episcopal.

El Cardenal-arzobispo tendría además otro título para intervenir en esta ceremonia, toda vez que, en virtud de un decreto del Soberano Pontífice, ha sido constituido metropolitano del Estado del Congo, como lo es de Bélgica.

—En la ceremonia de despedida de los misioneros que han partido hace poco de París para lejanas tierras había, según costumbre, muchos seglares, parientes ó amigos de los que se marchaban. En uno de los bancos de la iglesia hallábase un caballero de unos cuarenta años, que seguía atentamente todas las ceremonias, preguntaba la explicación de algunas de ellas, y, al terminar, besó como los demás los pies de los misioneros, dándoles el abrazo de despedida. Era Francisco Copjé, uno de los cuarenta inmortales de la Academia francesa y autor de tantas ligerezas, por no decir cosa peor, que, invitado por uno de los Padres y desconocido de los demás, había querido presenciar aquella para él nueva y extraña, pero enternecedora ceremonia. Así, al despedirse de su introductor, le decía: «Mil gracias por haberme proporcionado uno de los días más felices de mi vida;» y añadió: «Para que tantos jóvenes abandonen patria, parientes y amigos, y eso hace siglos, es indudablemente preciso que exista algo más allá de este mundo.»

—Ha aparecido el nuevo volumen de la *Jerarquía católica*, ó Anuario pontificio para 1897, que contiene muy curiosos datos referentes á lo que su nombre indica. Según esta publicación, el número de patriarcados, arzobispados, obispados, delegaciones, vicariatos y prefecturas apostólicas instituidas durante el pontificado de Su Santidad León XIII asciende á 206; por manera que el Episcopado católico, que en 1878 se componía de 798 miembros, tiene en la actualidad 1,004 contando desde los Cardenales-Obispos, hasta los Obispos titulares y Vicarios apostólicos. El Sacro Colegio cuenta con 62 purpurados, de los cuales cinco han sido creados por Pío IX, 55 por León XIII y dos reservados *in petto* desde el Consistorio de Junio de 1896; de suerte que como el *plenum* del Colegio Cardenalicio es de 70 individuos, hay ocho capelos vacantes. Hay que advertir que en esos cálculos se prescinde del fallecimiento de S. Ema. San Felice, ocurrido cuando estaba imprimiéndose el Anuario.

—Acaba de publicarse la estadística de los misioneros católicos muertos en 1895 en el lugar de sus lejanas Misiones, donde conquistaron tantas almas á Dios. Según dicha estadística, son 135, de los cuales cuatro Obispos han sucumbido en el campo del honor, y entre ellos tres han muerto á manos de los infieles, ganando así la palma del martirio.

Cuando los sectarios puedan presentar una estadística de servicios semejantes, entonces podrán hablar de patriotismo y de abnegación por la humanidad.

—Noticias del Cairo nos enteran del gran movimiento de adhesión al Catolicismo que se observa entre los coptos cismáticos.

Monseñor Sogaro, representante de Su Santidad, está fundando un Seminario católico para los coptos, con recursos que le han enviado el Papa León XIII y el emperador Francisco José II, de Austria-Hungría.

Lo que sobre después de fundado el Seminario se dedicará á la construcción de nuevos templos en el patriarcado de Alejandría.

VARIEDADES

ALGUNAS COSTUMBRES DE LAS RAZAS INDÍGENAS DE FILIPINAS

EL SAMBAYANG Ó PASCUA ENTRE LOS MOROS DE MINDANAO

DURANTE el tiempo que dura el *Sambayang* (siete días) permanecen todos sin comer más que una sola vez á la media noche, hora en que sorprenden dormido á sus dios.

Concluídos los siete días, se purifican tomando un baño general, después del cual celebran el convite de la Pascua, comiendo *poniam* y *sindo* (clases de sopa hervidos en aceite de coco).

Celebran el *Sambayang* en el *langá* (mezquita), donde ejecutan sus actos religiosos.

SUPERSTICIONES DE LOS MANOBOS

Tienen los manobos supersticiones religiosas que no son comunes á los demás *aetas*.

Reconocen la existencia de un Ser Supremo que denominan *Mananc*, y rinden especial veneración á la memoria de sus antepasados, que es lo que llaman *Anitos*.

Este culto, sin embargo, es inferior al que tributan á otros dioses. El trueno, por ejemplo, lo consideran como la palabra del rayo, que reverencian bajo la figura de un animal monstruoso.

Cuando una chispa eléctrica hiende un árbol, creen que el dios ha clavado uno de sus dientes en la tierra, y como tales juzgan las hachas de pedernal, pertenecientes á épocas prehistóricas, que suelen encontrarse enterradas al pie de los árboles.

El cocodrilo es para ellos un animal sagrado, que simboliza todas las enfermedades, males y desgracias.

El dios más digno de respeto es el *Tagbusán*, dios de la guerra, con el que consultan sobre el éxito de sus empresas.

Si les promete un éxito feliz, el *Bagani*, ministro de su dios, coge el talismán sagrado, y seguido de sus dependientes va al interior de los bosques en busca de sus enemigos, espera el momento de sorprenderlos dormidos ó descuidados, y asesinan á los varones, conservando como esclavos á las hembras y chiquillos.

Cuando tienen que luchar cuerpo á cuerpo, el *bagani*

es el primero en combatir. Si vence, empuña el acero consagrado, que únicamente puede emplear para este caso, abre el pecho á su contrario é introduce feroz el talismán que lleva pendiente de su cuello, entre la humeante sangre del vencido.

Después extrae el corazón ó el hígado, y come un pedazo en prueba de haber satisfecho su venganza.

Tan horrible privilegio corresponde exclusivamente al jefe político religioso, no siendo lícito al pueblo comer carne humana.

SUPERSTICIONES DE LOS MANDAYAS

Representan á su *divata* ó ídolo por medio de un busto de figura humana hecho con madera de *cayog*, reservada exclusivamente para este uso, pintada con la savia de la *narra*. Por ojos le pone la encarnada fruta del *macabujay*.

Creen en dos principios buenos: *Mausilatan* y *Badla*, padre é hijo; y en dos principios malos: *Pundagnon* y *Malumbong*, marido y mujer.

Su principal sacrificio es el *bilitie*.

Reunidas al rededor del altar del *divata* el número de *bailanes* (sacerdotisas) que exija el esplendor de la fiesta, conforme á la cantidad que satisfaga el patrón, frente á cuya casa tiene lugar la ceremonia, éste presenta á aquéllas un cerdo cebado que es depositado en el altar.

Las *bailanes*, engalanadas cuanto pueden, lo rodean bailando al compás de la música consagrada al ídolo, cantando: *Mi minisad si Mausilatan* (Bajará del cielo Mausilatan), *Opud si Badla uga magadayao mangdunia* (Luega Badla arreglará la tierra).

Tiemblan después, estremeciéndose de pies á cabeza é inclinándose de uno á otro lado, describen con sus evoluciones varios semicírculos, bailando acompasadamente al son del *gimbao*, especie de tamboril; elevan la mano derecha al sol ó la luna, según sea de día ó de noche, y piden protección para el organizador del *bilitie*.

En seguida la sacerdotisa mayor hiere con su *balarao* (pequeño puñal) al cerdo, sin separarlo del altar, y aplicando los labios á la herida, chupa y bebe la sangre que de ella brota, vivo aún el animal, y á continuación hacen lo mismo las demás *bailanes*.

Repiten los bailes, cantos y estremecimientos; figuran hablar con Mausilatan, que aseguran ha bajado del cielo para inspirarles; limpian después el cerdo; ofrecen parte de él al *Divata*, y termina la fiesta con una tremenda orgía.

Es tanto más extraño este ofrecimiento, cuanto que su religión les prohíbe, no sólo comer cerdo, sino que también tomar alimento alguno que haya tenido contacto con él, á cuyo efecto purifican las ollas en que condimentan sus guisos.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las víctimas de Armenia

| | | |
|---|------|-------|
| Una persona compasiva para los católicos de Armenia.. | 250 | ptas. |
| Juan Fabián Roselló, Pbro., de Morella.. | 0'75 | » |

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5, BARCELONA